

# BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid

Dib. K-HITO.—Madrid.

—¡Ay, Evaristo! No lo quiero pensar. El día que tú estires la pata...



# CREMA RECONSTITUYENTE

# LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO  
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,  
CON PROPIEDADES MARA-  
VILLOSAMENTE CURATIVAS  
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

## EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Para tomar parte en este concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*Un estudiante entra en una tienda de comestibles y hace al tendero el siguiente pedido:*

— A ver, póngame usted dos kilos de azúcar de 1,25 el kilo, ocho kilos de arroz de 1,20, cinco litros de aceite de 2,10 y siete kilos de chorizo de cinco pesetas.

*Una vez el pedido encima del mostrador, el estudiante pregunta:*

— ¿Qué importa el pedido?

*EL TENDERO (después de hacer la cuenta). — Cincuenta y siete con sesenta.*

— Muchas gracias — responde el estudiante —; ya tengo resuelto el problema para presentarlo en clase.

A. AÑUDRO. — Madrid.

*Dos marineros hablan de la crítica situación marítima. Uno de ellos dice:*

— Ahora que me acuerdo, ¿tú no tienes un vapor que se llama Dávila?

— Sí, tengo.

— Entonces, ¿tú quieres hacerte rico?

— Hombre, eso ni se pregunta.

— Bueno; pues .. tú ya sabrás que las mejores alubias son las del Barco de Avila, ¿no es eso?

— Cierto; pero ¿qué tiene que ver eso con...?

— Pues sí tiene que ver. Tú compras unas judías baratas, las llevas al buque, y allí te haces rico, porque las vendes como alubias del barco Dávila!

GARROTÍN. — Vigo.

— ¿Qué guardias son los que gastan menos para comer?

— Los guardias civiles de caballería, porque se mantienen encima del caballo.

COLASA. — Bilbao.

— En un departamento del expreso se apaga la luz, y los viajeros no quieren seguir a oscuras. ¿Cuál será el mejor remedio?

— Pues tirar las maletas por la ventanilla, porque cuantos menos bultos, más claridad.

EDUARDO ORTIZ. — Manzanares.

— ¿En qué se parecen los mozos de cuerda a los partidos de foot-ball, carreras de caballos, de motos, etc.?

— Pues en que son de...portes.

JUAN DOMÍNGUEZ (CHARLOT).

*Un pescador, al llegar a su casa, dice a su mujer:*

— Vengo contento porque traigo mucha y buena pesca. Hay un pez hermosísimo que pesa kilo y medio. Guárdalos, y ten mucho cuidado no se vaya a acercar el niño.

— ¿Por qué?

— Por que he oído decir que «el pez grande se come al chico».

JULIO SANZ. — Madrid.



— ¿En qué se diferencian dos montones de sardinas, uno que tiene dos y otro que tiene muchas?

— En que el primero está formado por sardinas de la mar y el segundo por la mar de sardinas.

MISTER WAYA-WAIS.

— ¡Bueno! A mí no meterme en ese asunto; yo me lavo las manos, como Herodes.

— Como Pilatos, querrás decir...

— ¡Como Herodes!... ¡A ver si crees tú que Herodes no se lavaba las manos!...

COLASA. — Bilbao.

Lección de Geografía.

EL PROFESOR. — Ya os tengo dicho que



EN 1940

EL AVIADOR. — He aquí, queridos padres, la deliciosa prometida que he encontrado en la Luna.

(De GREY, en Le Rire, de Paris.)

is'a es una porción de tierra rodeada de agua por todas partes. Figuraos una fuente llena de agua, y un poco de pan en medio. ¿Qué es esto?

EL SEÑOR PÉREZ. — Sopas.

N. TORRECILLAS. — Barcelona.

Culinaria.

— Desengáñate, que si nos sirven la sardina en escabeche, está riquísima; si la rebozan con huevo, está para comérsela; si ponen a nuestra disposición un porción de ellas, rellenas de jamón, no dejaríamos ni una.

— Todo eso está bien; pero hay que convenir en que la sardina como mejor está es en el agua. Y si no, que se lo pregunten a ella.

JULIO SANZ. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **José Baró Botella, de Madrid.**

## SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

7. — Político de mal genio.

**MADRID**

NOTICIA FRESCA...

8. — ¡Comedlos..., pero tirad el hueso!

— Prima-tercia a los niños prima-dos-tercia.

— Tercia prima el aya.

— Sí; pero se descuida, y buena parte de la merienda se la zampa ese dos-dos que ha traído la señora de compañía.

— ¡Tú sí que te chupas los todo del dulce de los todo!

9. — Loza.

**X 100**

**ORIENTE**

DEL BORREGO PASA AL COLCHÓN



AGENCIA DE MATRIMONIOS

— ¿Qué desea usted, señora?

— Si es posible, quisiera un marido que usase cuellos de cuarenta y dos centímetros. Tengo muchos de esa medida, que me han quedado de mi difunto esposo.

(De GULBRANSON, en Simplicissimus, de Munich.)

10. — Un famoso peludo.

**A D O R A R**

**LAS QUE VIVEN CON LOS CURAS**

11. — Hombre de tablas.

(No se trata de ningún cómico.)

— ¿De modo que te prima-cuarta, Julián?

— Ante esa prima-dos del público, ¿qué voy a hacer?

— Efectivamente, es un cuarta-tres de dignidad. Te aplaudo, chico.

— Me voy a un destino en los muelles de la estación del Norte. Allí aprenderé dos-cuarta.

— ¡No hace falta ser un todo para eso! ¿Eh?

**CUPÓN**

correspondiente al número 59 de

**BUEN HUMOR**

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

**CUPÓN NÚM. 2**

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de enero.

Ayuntamiento de Madrid





El santo de papá...  
Este es mi regalito.  
Todo el mundo sabe que el  
JABÓN EN BARRAS PARA AFEITARSE  
DE LA PERFUMERIA GAL  
es insuperable.  
Barra 1.25



## MUERTE DEL ANARQUISTA RUSCOFF



**E**l anarquista Ruscoff, perteneciente a no sé cuántos grupos del anarquismo internacional y militante, residía en Madrid, donde vivía a lo burgués en uno de los mejores hoteles, mientras esperaba las órdenes de un Comité misterioso, a cuyo cargo corría la ejecución de siniestros planes. Ruscoff era un hombre triponcillo, reidor y de charla amenísima; cultivaba sus amistades entre sacerdotes, militares y policías, y jugaba interminables partidas de billar con unos cuantos venerables rentistas, que tenían de él un concepto irreprochable por la exquisita corrección de sus maneras. Esta no le abandonaba ni cuando, a las altas horas de la noche, y en la soledad de su cuarto, abría un baúl, en cuyo doble fondo se ocultaban tres o cuatro bombas exterminadoras. Las acariciaba con mimo; las palpaba cariñosamente; las miraba con ojos enternecidos; le faltaba poco para besarlas, y, al fin, las dejaba otra vez en su escondrijo, murmurando: — No os impacientéis... Ya llegará vuestra hora...

Llegó, efectivamente, la hora cuando Ruscoff menos lo esperaba. Hallándose cierta tarde juega que te juega al tresillo con dos comisarios de policía, recibió una carta en la que se le mandaba que al día siguiente de llegada la misiva empezara a poner en práctica su plan de aniquilamiento y alarma. Excusóse con los comisarios por no poder verlos al otro día, y éstos se mostraron discretos. Uno de ellos se imaginó que se trataba de concertar algún negocio; pensó el otro que Ruscoff tenía alguna cita amorosa; pero ambos se limitaron a enarcar las cejas y a dirigirse a hurtadillas una mirada de inteligencia, sin hacer la más leve observación al interesado.

Al día siguiente, pues, Ruscoff cogió una bomba que debía estallar mediante un aparato de relojería, la colocó cuidadosamente en una male-

ta, y salió con ella a la calle. Era la tarde de un día de noviembre, a punto de anochecer; brisa fresca, cielo plomizo y chaparraditas intermitentes. Ruscoff pensaba abandonar la maleta en cualquier sitio, cuando nadie lo notase. Lo primero que se le ocurrió fué dirigirse a la estación. Llegó a la sala de espera. Aproximábase la salida de un tren. La gente se afanaba de uno en otro sitio. Ruscoff dejó su carga en el suelo, y comenzó a mirar para acá y para allá, haciéndose el distraído, como si todo le importase más que su maleta. Pensaba que dentro de un rato, allí mismo, o adonde fuese llevada la maleta, la bomba estallaría con horribles estruendo, y unas cuantas personas volarían hechas piltrafas por el espacio. No se conmovió con esto. Los anarquistas han de ser hombres] que estimen en nada la

vida de los demás. La cuestión es transformar a la Sociedad; transformarla, por lo pronto, en papilla, a ver qué sucede después. Ruscoff se fué distanciando poco a poco de la bomba mortífera; ya iba a poner los pies en la calle, cuando un guardia se encaró con él y le dijo:

— Caballero, que se deja olvidada la maleta...

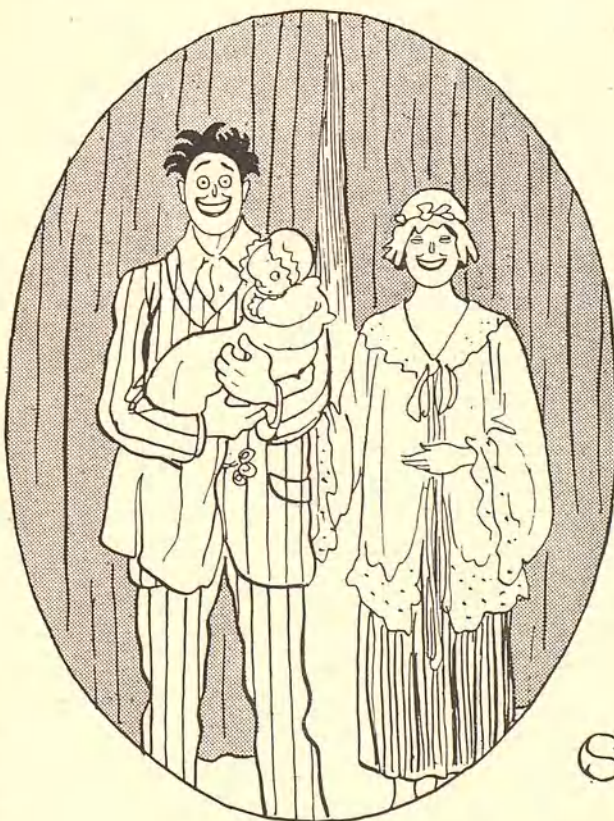
Ruscoff hizo un gesto de pasmo, masculló un «¡Caramba!» de asombro, y dió a la autoridad las más expresivas gracias con una ejemplar cortesía. Mientras para sus adentros le decía «¡Maldita sea tu estampa!», por fuera rebosaba zalemas y frases de agradecimiento.

Al verse en la calle con la maleta trágica pendiente del brazo, Ruscoff resolvió tomar un coche de punto. Aquel caballo ruin y enteco, en cuyo magro cuello tintineaba una campanilla tocando a agonía, puso en juego los resortes crucijantes de sus huesos y, amenazando desarmarse a cada instante, emprendió un trotecillo cansino, muy lento, como es natural, ya que lo que andaban dos de sus patas parecían desandarlo las otras dos, y ya que, en vez de correr en línea recta, corría al sesgo de una en otra acera. No impedía esto que el cochero, orondo en su pescante, clamara de vez en cuando: «¡Caballo!... ¡Quietito, caballo!...», sin duda para sosegar los ímpetus del animal, que, a pesar de todo, se encaminaba hacia el sitio designado. Era éste una calleja solitaria y mal alumbrada. Una vez allí, Ruscoff echó pie a tierra, pagó al auriga, que sofrenaba al caballo, para sostenerlo quizás, le dió una buena propina, y se marchó, dejando la maleta en el coche, como puede suponerse. Sin embargo, no había andado cinco metros cuando el cochero lo llamó a gritos:

— ¡Caballero!... ¡Caballero!... Acercóse Ruscoff.

— Que se dejaba la maleta.

He aquí otra vez a Ruscoff con la maleta. El anarquista torció la esquina, recorrió



Dib. SILENO. — Madrid.



varias calles e intentó desprenderse de la bomba en dos o tres ocasiones; pero todo en vano. Siempre hubo alguien que le advirtió de su *distracción* y lo puso de nuevo en posesión de la maleta. El tiempo, en tanto, pasaba, y el apremio de dejar el maldito artefacto hacíase cada vez mayor. Dentro de la maleta latía un reloj siniestro. Ruscoff creía percibir su fictaqueo amenazador. ¿Qué hacer?...

Habíase parado para meditar; como levantara la cabeza, vió junto a él a un tipo poco tranquilizador de aspecto. Tenía chirradas las mejillas, torcida la boca, atravesado el mirar y esquinada la silueta. Un mechón de cabellos le

partía la frente en dos. De su ropa, no hablemos, porque casi no la usaba; un harapo aquí; un agujero allá; carne sucia y manchas por todas partes...

— ¡Este es mi hombre! — pensó Ruscoff.

Acercóse a él y le dijo:

— ¿Me quiere llevar esta maleta?

— Sí, señor. ¿Adónde hay que ir?...

Ruscoff le nombró una calle de los barrios extremos.

El hombre vaciló.

— Habrá una gran propina — agregó Ruscoff.

Ambos individuos se pusieron en marcha. En cuanto empezaron a andar, Ruscoff explicó a su acompañante:

— Usted, por lo que veo, disfruta de buenas piernas; yo, en cambio, tengo un reuma que apenas me permite dar un paso...

Hubo una pausa. Luego añadió:

— Le suplico que cuide de la maleta como de las niñas de sus ojos. Llevo en ella toda mi modesta fortuna: unos miles de pesetas en billetes y algunas joyas valiosas...

Continuaron su caminata. Ya era de noche. Por las calles apartadas del centro de la ciudad, sólo algún que otro farol silbaba quejumbroso. Las raras personas que por allí se aventuraban, desaparecían en los grandes coágulos de movedizas sombras.

Ruscoff, simulando una cojera, dejaba que su compañero se alejara cada vez más de él. El anarquista pensaba: «Ese desarrapado sabe que yo no puedo perseguirlo, y cree que lleva en la mano una fortuna... Echará a correr de un momento a otro...»

El hombre, sin embargo, parecía no decidirse. Cierta que a cada momento volvía la cabeza; evidente que se mostraba inquieto y desasosegado... Pero ¿por qué no emprendía la fuga?...

Y el tiempo acuciaba. La máquina infernal seguía andando, andando, ya próxima a la meta fatal.

Ruscoff, pues, resolvió obrar por su cuenta; acortó todavía más el paso, y en cuanto llegó a la primera esquina, metióse calle adentro, aprovechando un descuido de su acompañante. Medió la calle, y llegó casi al final de la misma sin novedad. Respiró a plenos pulmones... ¡Qué satisfacción!... Pero de súbito quedóse yerto.

— ¡Caballero!... ¡Caballero!... — gritaba una voz bronca.

Ruscoff miró hacia atrás, y vió que el desarrapado corría a su alcance.

El anarquista, fuera de sí, pensó: «Es una desgracia tropezar en un día con tantas personas honradas.» Y empezó a correr con todas sus fuerzas. Cruzaron ambos como una exhalación por dos o tres calles, hasta que, por último, el hombre de los andrajos acorraló a Ruscoff contra la valla de un solar.

— ¡Tome lo suyo! — le dijo.

Ruscoff, pálido, desencajado, sonreía y sonreía, sin alargar la mano.

— ¡Tome lo suyo! — insistió el otro.

Un guardia que había corrido tras ellos, se les acercó.

En aquel punto estalló la bomba. ¡Qué estrépito! ¡Qué rosa tan sangrienta se abrió en las tinieblas!... Trepidó el suelo, vibró el aire como al paso de una tromba, voló hecho astillas un buen trecho de la valla cercana, y los tres hombres se hicieron añicos. Las tres almas saltaron de sus cuerpos y se encontraron envueltas en una densa humareda. El alma del guardia chilló entonces iracunda:

— ¡Dense presos, señores!...

José A. LUENGO



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— ¡Hombre, podía usted haber tardado más!

— Mire usted, señorita, es que en toda la calle no hay más sereno que yo.



# ESCENAS SOLEMNES LA BATALLA DE LEPANTO

PALIMPSESTO TERCERO  
DE PERO MANZANO DE LA OLIVA (1).

*Lepanto, a 7 de octubre de 1571.*

Nos hallamos en el cabo Scropha, que, como sabe muy bien todo el mundo, incluso García Prieto, se halla en el golfo de Corinto, el cual, a su vez, forma el golfillo de Lepanto. Son las once de la mañana del día 7 de octubre de 1571, y el cielo, este cielo de un helénismo que casi atonta, se nos ofrece azul y fantasmagórico. Extendamos la vista, y... ¿qué vemos? ¡Recuelo! A la derecha se divisan hasta ciento setenta y una galeras, y a la izquierda, doscientas cuarenta y cuatro... Los barcos de la *droite* — ¡cómo se domina aquí el yugoeslavo! — están ocupados por cristianos, y los de la zurda, por turcos, infieles, genizaros, morabitos y abdelkrimines. Y unos y otros esperan doblar el cabo para hacer algo muy serio. ¿Qué va a pasar? ¿Qué va a ser esto? Corramos a los buques infieles, a oír qué se dice por allá.

En la galera *La Sultana*, un armatoste hidráulico adornado por cinco farolas bereberes, platican cuatro hijos de la Media Luna: el barbudo Perter Pachá, el barbado Mahomet Scirocco, el barbilampiño Aluch Ali y el barbilindo Ali Pachá, cuatro fieras que meten miedo, la última de las cuales es generalísimo de la escuadra. Atención.

ALI PACHÁ (*ligeramente «mosca»*). — ¡Es inútil! Nuestro señor, Selim II, nos manda presentar batalla, y, obedecemos, o nos hacemos todos frailes benedictinos...

ALUCH ALÍ (*ladeándose el turbante de un modo harto chulo*). — ¡Eres un hiperbólico, y además unas miajas equisofrénico!

ALI PACHÁ. — ¿Me llamas loco?

ALUCH ALÍ. — Te llamo cursi. Claro que Selim II ha ordenado eso; pero tú no ignoras que ni Selim entiende dos gordas de asuntos guerreros, ni sabe dónde tiene la mano derecha.

PERTER PACHÁ. — Bueno; no sabe dónde tiene la mano derecha, porque se la cercena-

naron de un hachazo en Corfú, y no encontró el despojo...

ALUCH ALÍ. — Bien; pero convendréis conmigo en que cerebralmente Selim II es un bocadillo de queso...

MAHOMET SCIROCCO. — Por Alá, Aluch Ali, que tienes razón.

PERTER PACHÁ (*señalando a Aluch*). ¡Como que éste sabe muy bien dónde le aprieta la babucha!

ALI PACHÁ (*rabioso*). — Es decir, ¿que no queréis presentaros a combate contra el inmundo cristiano?

ALUCH ALÍ. — Mira, Ali, no te pongas trágico, porque me recuerdas a Ortas. A nosotros nos da igual presentarnos a combate que presentarnos a unas oposiciones del Catastro. Lo que sucede es que ese D. Juan de Austria se trae en la flota enemiga seis galeazas, con veinte cañones cada una, que del primer zurrido nos hacen somatose, y del segundo nos empaquetan.

PERTER PACHÁ. — ¡Naturaquíbilis! MAHOMET SCIROCCO. — Has hablado que ni un versículo del Corán.

ALI PACHÁ (*poniéndose en jarras y escupiéndolo por un colmillo*). — ¡Ay, mi reverenda madre, qué risal... Lo que estoy viendo es que tenéis una cantidad de miedo como para pagar exceso de equipaje...

ALUCH ALÍ (*ofendidísimo*). ¡Por el Profeta, que si saco la cimitarra te corto... el hilo del discurso!

MAHOMET SCIROCCO (*mirando a Ali Pachá con cara de hiena*). — Digo yo que eso que has murmurado será una broma carnavalesca. No olvides que a mi alfanje no se le cae la hoja ni en otoño...

PERTER PACHÁ (*acercándose a Ali Pachá con ganas de camorra*). — Oye, tú... Te advierto que yo en la India he matado cocodrilos a tortazos.

ALI PACHÁ (*con bastante pánico*). — Os aseguro que no quise decir...

ALUCH ALÍ. — ¡Bastal! Combatiremos! Pero mira... (*Coge a Ali Pachá por un brazo y le lleva al borde de la borda*). ¿Ves ese bosque de mástiles y velas que forman nuestros barcos? ¿Ves, al fondo, la silueta airosa del cabo Scropha, que avanza hacia el mar? Pues cuando hoy se ponga el sol, de todas esas velas no quedará más que el cabo. Puedes ir ahorrando para una palmaria. (*Los cuatro guerreros se separan. Mahomet Scirocco se va a su nave, a mandar el cuerno derecho de la flota; Aluch Ali, seguido de Perter Pachá, vase a gobernar el cuerno izquierdo. El único que no se va al cuerno es Ali Pachá, que manda La Sultana y el centro de la escuadra.*)

(*Visitemos las naves cristianas. Nos hallamos ya a bordo de la galera La Real, regida por D. Juan de Austria; el ilustre hijo de Car-*



Dib. M. K. — Madrid.

— Mañana celebro mis bodas de oro.  
— ¿No hace dos meses que te casaste?  
— Sí; pero parecen cincuenta años...



Nuestro compañero Ramón Gómez de la Serna, que acaba de dar a luz cinco robustos libros: *Variaciones*, *El incongruente*, *El secreto del acueducto*, *Ramonismo* y *Senos* (segunda edición, corregida y aumentada, y con ilustraciones de Apa).

(1) Véanse los números 43 y 52 de BUEN HUMOR.



los I, el hijo del lio, como le llamaban en su tiempo. Guapo él y marchoso, se parece bastante a Goicoechea. Le rodean Cecco Pizano, su piloto; su lugarteniente don Luis de Requeséns, el marqués de Santa Cruz y Agostino Barbarigo.)

CECCO PIZANO. — Señor, acabo de descubrir desde lo alto de un mástil que la flota turca no se compone de cien galeras, como suponíamos, sino de doscientas.

DON JUAN DE AUSTRIA. — ¡Rechufal... ¿Qué dices?

CECCO PIZANO. — Nada más que la verdad, señor.

DON JUAN DE AUSTRIA. — Es una noticia que afeíta. Pero oye, Cecco, ¿es cierta tal cosa, o es que el terror panico te hace ver visiones náuticas?

CECCO PIZANO. — Señor, en la Universidad, y luego en palacio, siempre alabaron mi buena vista.

DON JUAN DE AUSTRIA. — ¿Has dicho Universidad, palacio y buena vista? Súbete a la latina y mira hacia el centro. (Cecco se sube en la vela latina y mira hacia el centro de la flota turca; baja desesperado, porque ha descubierto cuarenta y cuatro galeras más. Se lo comunica a D. Juan de Austria, que casi se accidenta.)

DON LUIS DE REQUESÉNS. — Reunámonos en consejo.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ. — Sí, sí; es lo mejor.

AGOSTINO BARBARIGO. — Bien pensado.

DON JUAN DE AUSTRIA. — No; ya no

es hora de emitir memeces esdrújulas, sino de soltarnos el pelo arreando cafes, y hasta de diñarla por la corbi (1). (Y rápidamente, D. Juan comienza a tomar sus medidas, como un sastre de portal. Visita las galeras del centro y cuerno derecho, que manda Juan Andrea Doria, a quien la posteridad ha denominado El grullo; da armas y libertad a los galeotes, se traslada a La Real y ordena disparar el cañonazo de desafío. Se santigua fervorosamente.) Por la señal de la Santa Cruz... Señor: si gano esta batalla, prometo regalarles botas a todos los frailes descalzos de España...

(En La Sultana suena otro cañonazo, y desde aquel momento el cisco que se arma es de orujo.)

FRAY MIGUEL SERVIÁ (desde el estantero). — Yo os bendigo, queridísimos hijos míos... No os preocupe el morir. El que muera será feliz, porque no tendrá que volver a pagar el impuesto de inquilinato.

(El cuerno derecho turco arremete contra el izquierdo cristiano, y el izquierdo contra el derecho con una ferocidad sin límites. Nubes de flechas invaden el aire; huele a pólvora, a sangre y a hipofosfitos. La Sultana se derrumba sobre La Real, y su proa se introduce en la de ésta como una carta por un buzón. Rugidos, gritos y ayes lastimeros.)

(1) Frase rigurosamente histórica. Pero Manzana de la Oliva, Modesto Lafuente, el Padre Mariana, etc., etc., están de acuerdo en este punto.

DON JUAN DE AUSTRIA. — ¡Anda la órdiga! ¡Se nos meten en casal (Los turcos caen entre los cristianos, que retroceden.) ¡Animo, chicos! ¡Atizadles candela!

(Una hora después, D. Juan y los suyos se han rehecho, menos los que yacen fiambres, que ya no se reponen ni con emulsión Scott.)

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (que acaba de perder un brazo y lo lleva sujeto en el cinturón para no extrañarlo). — Esto es combatir, y lo demás, mojama de Alicante.

(Las galeras de Juan Antonio Colonna y del marqués de Santa Cruz le zumban a Ali Pachá por la espalda y abordan La Sultana. Se oyen gritos feroces: «¡Ah! ¡Oh! ¡Trac! ¡Bum! ¡Viva Felipe III! ¡Por fin dimitió Millán de Priego!» Y Ali Pachá la diña de un arcabuzazo. En el cuerno izquierdo la ha hincado también Mahomet Scirocco; sólo en el derecho triunfa Aluch Ali sobre Juan Andrea Doria. El espectáculo toma cada vez proporciones más colosales.)

DON JUAN DE AUSTRIA. — ¡Rumbo a Aluch Ali!

UN MARINO SEVILLANO. — ¡Ole! (La Real y veinte galeras más le sacuden dos de mosqueo a Aluch Ali, que huye como un buscapies, gracias a sus remeros, que echan el bofe, el higa-do y otros diversos menudillos en las procelosas profundidades del Mediterráneo.)

DON JUAN DE AUSTRIA. — ¡Alt! No podremos alcanzarle. Que le den dos duros en billetes del Metro. (Don Juan se acerca a Juan Andrea Doria, que ha sido trasladado a La Real. El guerrero sufre cinco saetazos.) ¡Vive Dios! Parecéis un acerico. Pero ¿cómo os dejasteis vencer?

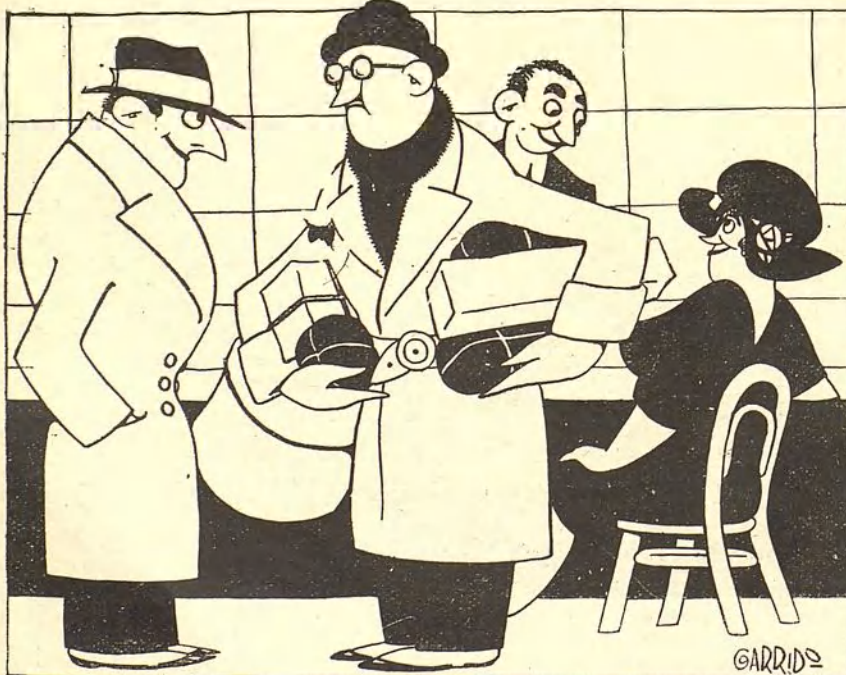
JUAN ANDREA DORIA. — ¡Las cosas de la vida! En la primera fase de la batalla ardieron todas las velas...

DON JUAN DE AUSTRIA. — Debisteis despabilar. Bueno; que los morrones os sean leves.

JUAN ANDREA DORIA. — Gracias, señor. De sobra comprendo que he hecho una toninada naval... (Se retuerce y se muere de una vez. Los turcos que no han fallecido se han fugado; el triunfo ha sido mayestático. Pero lejos de envanecerse, D. Juan de Austria consulta su reloj de bolsillo, ve que es la una de la tarde, y con esa sencillez de frase que es la espuma de los grandes hombres, de los varones insignes de nuestra raza, murmura):

DON JUAN DE AUSTRIA. — ¡A ver! El aire del mar abre el apetito... Que me sirvan inmediatamente una sopa de fideos finos con mesurada cantidad de chorizo riojano...

AQUÍ TERMINA EL PALIMPSESTO TERCERO



Dib GARRIDO. — Madrid.

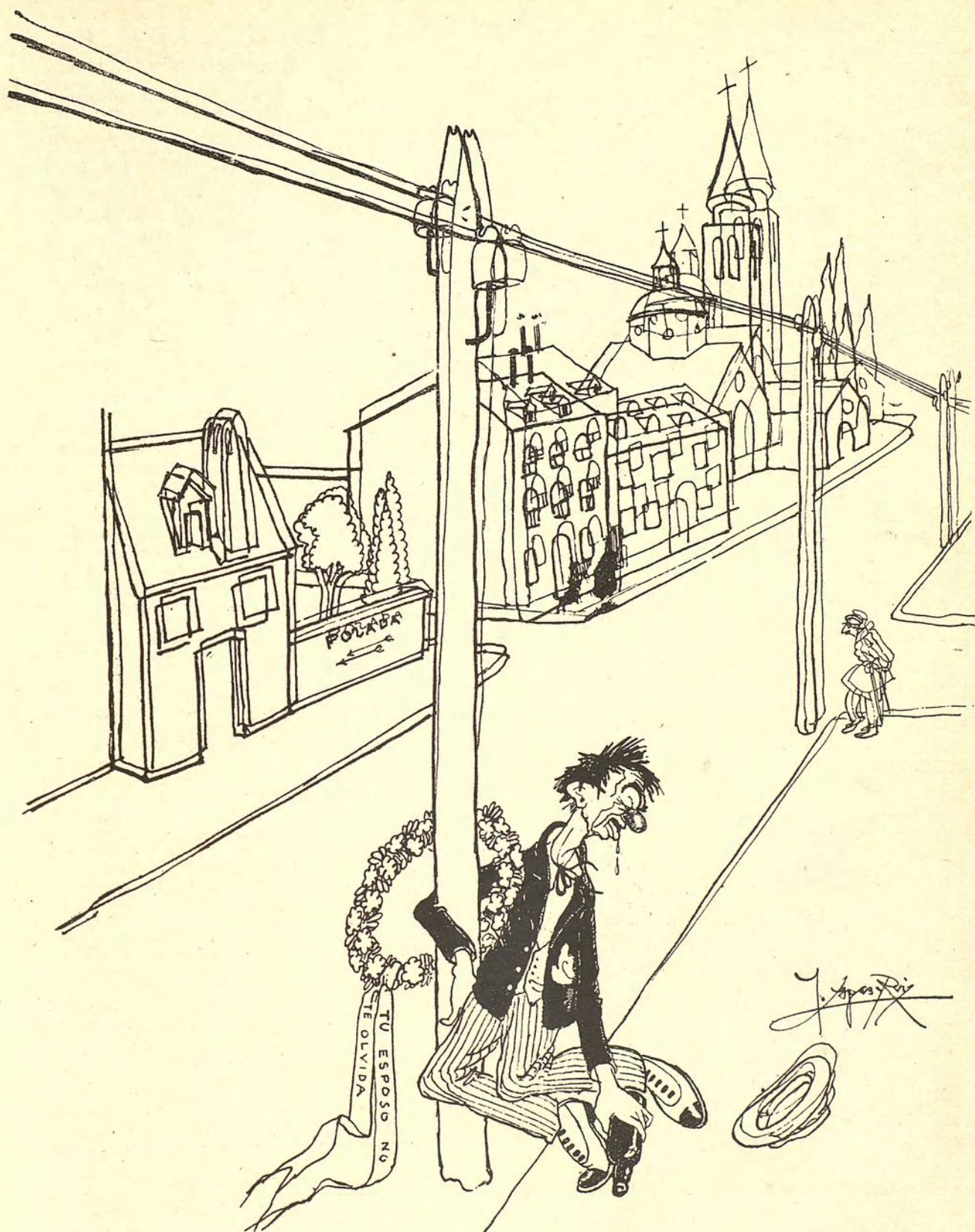
— ¡Le confieso a usted que mi señora me carga!...

Ayuntamiento de Madrid

Por la traducción,

ENRIQUE JARDIEL PONCELA





# L Ó G I C A

— El que está borracho no se da cuenta de que lo está. Yo me doy cuenta de que estoy borracho: luego no estoy borracho.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. LÓPEZ RUIZ. — Madrid.



## EL ÚLTIMO PAVO

(MEMORIAS DE ULTRACAZUELA)

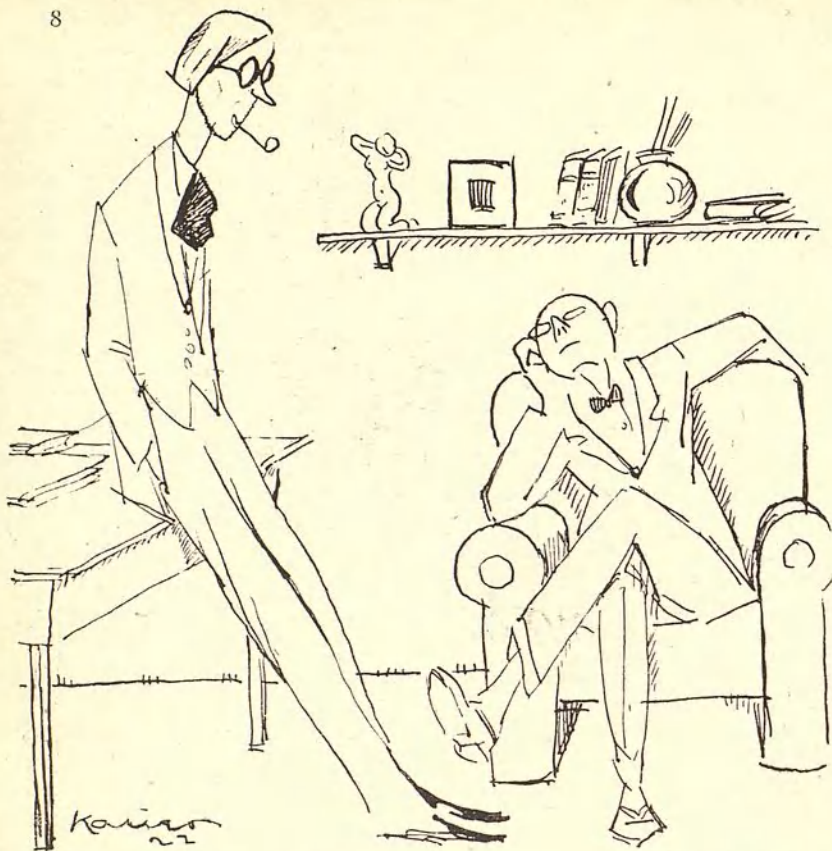
Andaba un pavo en cavilosasidades, sin poderse explicar por qué motivo permanecía vivo después de las cruentas Navidades. Le parecía su ventura un sueño, y estaba por gritar: «¡Viva mi dueño!», agradecido a su bondad sin tasa, cuando vió que guardado le tenía para solemnizar el fausto día del santo de la dueña de la casa, doña Luciana Pérez de García. Al mirar que su fin era inminente, en el espasmo y estupor que siente aquel a quien sin culpa se le inmola, se le escapó una pluma de la cola, y con ella mojada en sangre propia escribió la protesta que se copia:

«Pavos, pavitas, pavipollos tiernos, antes de que me tuesten los infiernos de esa hornilla de cok, que Dios confunda, ahí mi protesta va firme y rotunda. Yo protesto del hombre, cuya ferocidad no tiene nombre. El hombre, hablando en plata, sólo sabe vivir de lo que mata. Y en medio de estas fieras crueldades, osa hablar de responsabilidades. Con falsía evidente finge al pavo un cariño que no siente, porque ese ser falaz en sus piropos pretende engatusarnos con sus tropos. Ved que a la juventud que tanto se ama la edad del pavo llama. Y si el casto rubor de una doncella, naturalmente bella, colorea su rostro de querube, dice también que el pavo se le sube. Dicen de aquel que ufano se recrea en su importancia, que se pavonea, y la danza elegante y cortesana más exquisita, llámase pavana. No le creáis, porque es un mentiroso; sólo el hombre es sincero cuando, de un porvenir aciago y fiero, dice que es pavoroso. No os fiéis de sus frases lisonjeras; imitad el ejemplo de las fieras. La pantera de Java, el tigre hircano, conocen lo inhumano de lo humano, y no quieren entrar en relaciones con el ser racional ni a tres tirones. Viven de él muy distantes, y andan por esos campos... ¡tan campantes! No registran los fastos de la Historia, de la humana cocina ni una sola pantera en galantina ni un tigre en pepitoria. A sindicarse, pavos desvalidos, y contra el hombre todos reunidos, en vez de ser humildes, sed muy bravos. ¡Pavos de mis entrañas! ¡No seáis pavos!»

Seguía la protesta en forma lata; mas todo lo que sigue está ilegible. Tiene el papel un desgarrón horrible, porque el pavo, al final, metió la pata.

Por la copia,

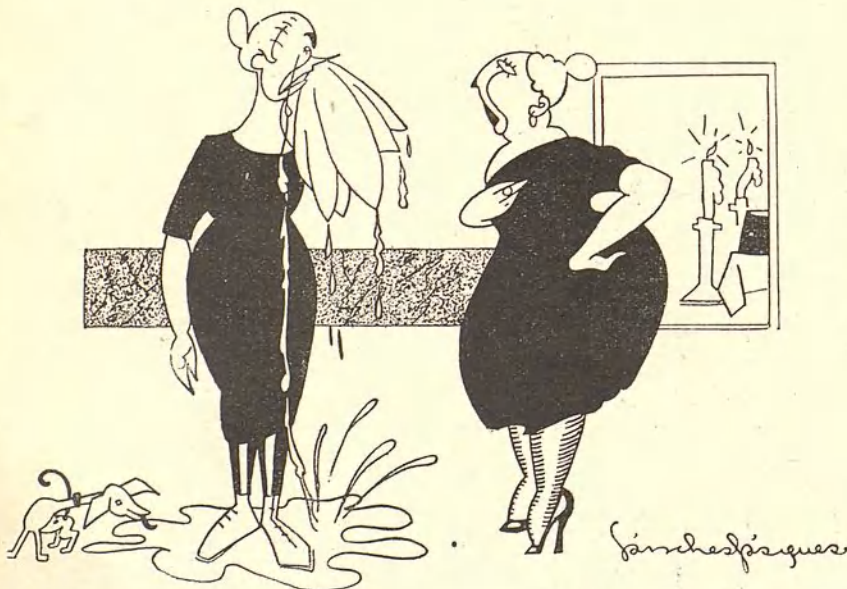
CARLOS LUIS DE CUENCA



## ENTRE LITERATOS

Lib. KAÑO. — Madrid.

— ¿Sabes que me han dicho que el animal de Pérez ha hecho una buena obra?  
— ¡Hombre, habrá dado alguna limosna!...



## EL ÚLTIMO ATROPELLO

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— No se apure, señá Dorotea; hay que tener paciencia.  
— ¡Ay, hija mía!... Lo que yo siento es que ha sido un Ford el que ha matado a mi marido. ¡Con tantos automóviles de lujo como hay por esas calles!...



**R**ECIBO una carta de un amigo madrileño, pidiéndome noticias del teatro Artístico de Moscou. Naturalmente, mi corresponsal no es actor ni empresario. Ni siquiera asiste a la representación de las obras, prefiriendo leerlas en su casa. Está, por tanto, capacitado para interesarse en el asunto.

El teatro Artístico de Moscou, reputado como el primero del mundo, nació del horror a los cómicos, a los directores y técnicos. El autor que dió la pauta, Tchekow, había renunciado a estrenar sus piezas, prefiriendo editarlas. Gracias a no hallarse entre los cruzados, ni profesionales, ni autoridades en la materia, se ha podido llegar a la suprema autoridad y al profesionalismo en grado superlativo.

Porque nadie estima y conoce menos la escena que cuantos la explotan, desde el divo, irguiéndose sobre las comedias como en un pedestal, al negociante y dragón de la taquilla, al revistero con tendencias de cronista de sociedad. Estas gentes hicieron de un concepto una industria. Son como los políticos, y como ellos forman un gremio parasitario a costa de profanados ideales.

Ante el apostolado de la falange de Moscou, queda el histrión desconcertado. Algunos oficios producen características en sus mantenedores. Por ejemplo, el panadero acaba con las piernas torcidas y el curtidor con las uñas coloreadas. La farándula crea el tipo de un mono con cerebro de chorlito. Simulacro de expresión humana, vanidad y ausencia de pensamiento: he ahí la fórmula. Sin embargo, la extraña fauna se compone de seres que eran hombres como todos.

La inmoralidad en que ha caído el teatro toca a lo monstruoso. Comenzaron los comediantes por convertirlo en

## DESDE PARÍS PROGRAMAS LA CALLE DE SEVILLA, EN MOSCOU

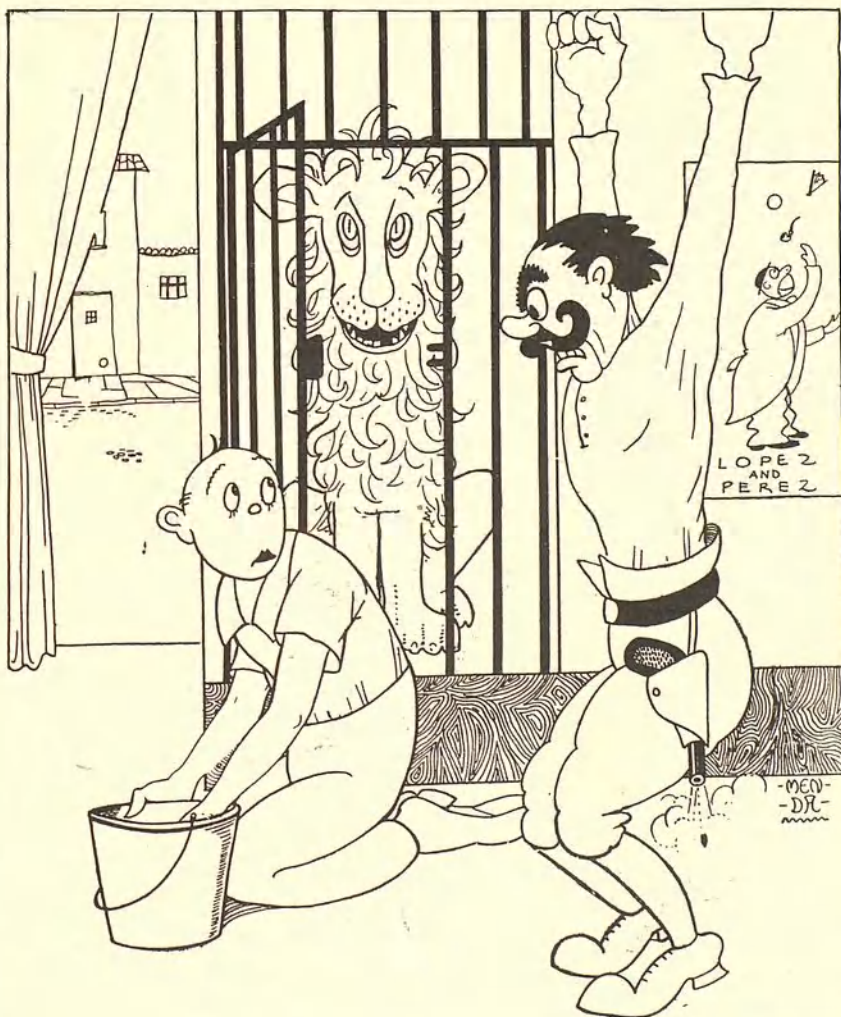
pretexto de su egolatría, y siguieron los dramaturgos, que escriben a la medida de sus intérpretes. Y a su vez exigen las Empresas aquello que paga el público. Lo que nadie respeta es el teatro, su misión, su ideología. Imaginaos un culto extinguido, en que una falsa casta sacerdotal se otorgase la veneración que recibían sus dioses. Así sucede en el reino de las bambalinas. Se repite el caso de la Alhambra, entregada a las tribus gitanescas, cuando por la torre de Comares asomaban su belfo los asnos... Si milagrosamente aparecen entonces

sus colegas de Moscou. Quizás las minorías selectas, tal vez el pueblo en su virginidad, comprendiesen o se dejaran seducir sin gran resistencia. Pero los usurpadores, que ya se consideran intangibles, no por maldad, sencillamente por incapacidad de adaptación, de buena fe creerían que el mundo se había vuelto loco.

¿Qué es eso de que D. Arturo Serrano no pueda montar una pieza, como en tiempos disponía su ambulante retablo de baratijas? Para algo es el amo de su barquilla. Y ¿quién osará negarle al Sr. Muñoz Seca el derecho a enriquecerse con su caso clínico, como se exhiben monstruos en las ferias?

¿Desde cuándo Pérez ha de renunciar a que figure su nombre con letras grandes en el cartel? No menos graciosa ocurrencia la de que el autor se oponga a las reformas que ordena la primera actriz... Vaya, vaya; será cosa de echarlo a broma...

El teatro Artístico de Moscou, nada más que perfecto, está constituido por artistas enormes, de que España, ni casi ningún país, podría mostrar por encima de uno o dos rivales; y esos actores, manifestación extrema de su profesión, no pertenecían a la clase — por si acaso, Sr. Meana, cancerbero del Sindicato, monte su guardia —, ni cobraban sueldos de importancia, ni se resistían a ensayar, ni se distribuyen en categorías, ni aceptan el aplauso ni aun al final del acto; ni mucho menos se permiten genialidades de protagonista elegido por la divinidad. Desde hace veinticinco años,



¡OH, LAS FIERAS!...

— ¡Pero, bestia, otra vez te has dejado abierta la jaula del león!... ¡Expuestos a que se lo lleve el primero que pase!...

Dib. MENDA. — Madrid.



bajo la dirección de Stanislausky, que se somete a pruebas constantemente, va cuajando y depurándose en un proceso ininterrumpido. Base de todo: la obra es lo principal, lo indiscutible. Normas: el realismo y la integridad de lo externo y lo interno. Disciplina máxima: el cuarto muro. Dicho conjunto de leyes se resuelve en que pueda ser representada una novela de Dostoiewski; en que el orden del juego escénico, y la verdad, no fotográfica, sino esencial, de la postura, conserve el ambiente, la atmósfera del libro y de la vida, y de una vida etérea como la de los visionarios eslavos; y en que

los gigantes del arte cómico, olvidados de su personalidad de ciudadanos y de héroes de la rampa, encerrándose en la caja del escenario, parezcan monjes de una religión que purifica el auditorio...

¡Ah, un detalle que se me escapaba! El teatro Artístico de Moscou, inflexible cultivador del arte por el arte — en definitiva, y aplicado al teatro, el único que ejerce influencia social —, cobraba la butaca a cincuenta francos, y siempre se agotaban los billetes. Hasta es negocio.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ



Dib. CASERO. — Madrid.

— Pero ¿por qué regañasteis?

— Porque me llamó pelagatos; y eso, sabiendo que mi madre vende co-  
nejos, es una ofensa.

## BUEN HUMOR

### TITIRIMUNDILLO

Un periodista entra en el despacho de Luis París, el director artístico del Real, y le pregunta varias cosas, a las que París no contesta.

Al salir dice el periodista:

— ¡Abur, y me alegro que se haya muerto Eugenio Suel!

— ¿Por qué dice usted eso?

— ¡Porque me fastidian Los Misterios de París!

— ¿Qué tal el Real?

— Mal. Ahora viene Fleta.

— ¿Para qué?

— A ver si Fleta lo pone a flote.

— ¡Si que han armado cuestiones los concejales por las varas!

— Y menos mal que las han armado antes. Lo peligroso hubiera sido las broncas con las varas en las manos.

— ¡Yal! Pero ¿quién iba a repartirse el papel de burro?

«Exposición destruida por un incendio.»

Entonces, ésa era la exposición: la de que hubiese fuego.

Los fascistas obligan a sus contrarios a que tomen aceite de ricino para que purguen sus delitos.

¿Sus delitos? ¡Y algo más!

Leemos en un periódico que los americanos piden la igualdad en el divorcio.

Es de creer que los Tribunales de Nueva York se apresurarán a dar un corte a este asunto.

Un corte de americana, naturalmente.

— El ministro ha suprimido la fiesta escolar de Santo Tomás de Aquino.

— Y ¿cómo la ha suprimido?

— Pues diciendo: «El día de Santo Tomás Aquino no huelga nadie.»

— El juego, en absoluto, no se ha suprimido, y es que eso del juego es cosa muy seria y no puede tomarse a juego.

— ¿Por miedo a los pobres?

— Claro; por miedo a los pobres señores que protegen cada una de las casas.

«En esa obra nos presenta Clayton el drama del dinero.»

Crea usted que ese drama no es en la Princesa donde se presenta. Es en las casas particulares, en el momento en que la criada coge la cesta y pide para ir a la compra.

Entonces sí que hay que sonreírse de Clayton y de Ibsen.

«Siguen celebrándose banquetes políticos.»

Eso debe formar parte de la campaña contra la langosta de que ha hablado Gasset.

¡No va a quedar ni rastro de langosta... ni de mayonesa!



## == LAS COSAS DE LOS TEATROS

### "LA DIVINA COMEDIA"

Muy bien hicieron los encargados de redactar las gacetillas para la Prensa en el teatro de la Princesa; muy oportunos estuvieron los dichos encargados al gastarle a los periódicos una broma que llegó a tomarse a ofensa por varios ingenuos periodistas.

Uno de dichos reclamos venía a decir, poco más o menos:

«Dante nos ruega hagamos constar que no es cierto, como dicen algunos diarios, que la obra *La divina comedia* anunciada en la Princesa sea su obra inmortal.»

Una cosa así rezaba la gacetilla que se consideró molesta por los periodistas ingenuos, y bien sabe Dios que entre ellos no nos contábamos. Nosotros creemos firmemente que la explicación dada al espectador iletrado, no sólo era necesaria, sino imprescindible.

Los que no saben de los célebres tercetos, ni tienen idea del letrerito *Per mè si va, nella cità dolente*, pudieran muy bien haber confundido al Sr. Clayton y al Sr. Gutiérrez (D. Sinbaldo) con el Dante Alighieri. Y eso estaría muy mal. No hay por qué provocar la aversión del público hacia los escritores cumbres. Después de acudir a las representaciones de esta *Divina comedia*, ya no sería solo el literato aquel quien hubiera declarado que *le molestaba el Dante*. Todos y cada uno de los espectadores de la comedia se constituirían en detractores del genio.

Y no es que nosotros creamos censurable la obra de Clayton.

Al contrario, nos parece demasiado bien. Es una comedia que, naturalmente, no podemos llamarla *divina*; pero tiene la ventaja de que es como las cordoncillos: da tres golpes: cuando los protagonistas visen la obra; el momento en que recuerdan los episodios para ir a escribiendo, y, por último, cuando, una vez escrita, dan una tercera audición de su trabajo al espectador paciente.

Claro es que hemos quedado en que eso se llama *originalidad*. Aunque habrá muchos que lo llamen otra cosa...

### "EL ESCÁNDALO"

Tampoco este *escándalo* tiene el menor parentesco con la obra celebradísima del mismo título.

Pudiéramos decir que este *escándalo*, por sus reducidísimas proporciones, queda reducido a un incidente sin importancia: una especie de discusión agria a medio tono.

De Alarcón a Moyrón hay también una pequeña diferencia, que, naturalmente, salva el criterio sensato del buen espectador.

Empero, a decir verdad, si *El escándalo* no es lo que parece por el título, en cambio, por la gracia que hace al espectador, responde en un todo a lo propuesto.

La gente se ríe mucho: el *escándalo* es, por tanto, de risa.

### ZACCONI Y LOS CÓMICOS

Llegó el genio. Miró de soslayo, recitó unas escenas, hizo unos gestos y... a otra cosa: la apoteosis.

Nuestros cómicos quedaron anonadados; hubo un gran artista de corazón que llegó a gritar:

— ¡El mejor actor del mundo!

Otro cómico, bueno también y modesto, nos dijo al oído:

— Creo que, después de esto, nos debemos retirar a nuestras casas. No le llegaremos nunca...

Por cierto que, frente a tales ejemplos de sensatez y de buen gusto, vamos a

oponer otros que no podremos calificar de igual modo.

Al homenaje que en honor de los actores argentinos organizaron unos cuantos notables artistas españoles de teatros, dejaron de asistir varios de ellos, que hicieron gala de su *heroica* decisión.

Ahora verán ustedes los motivos.

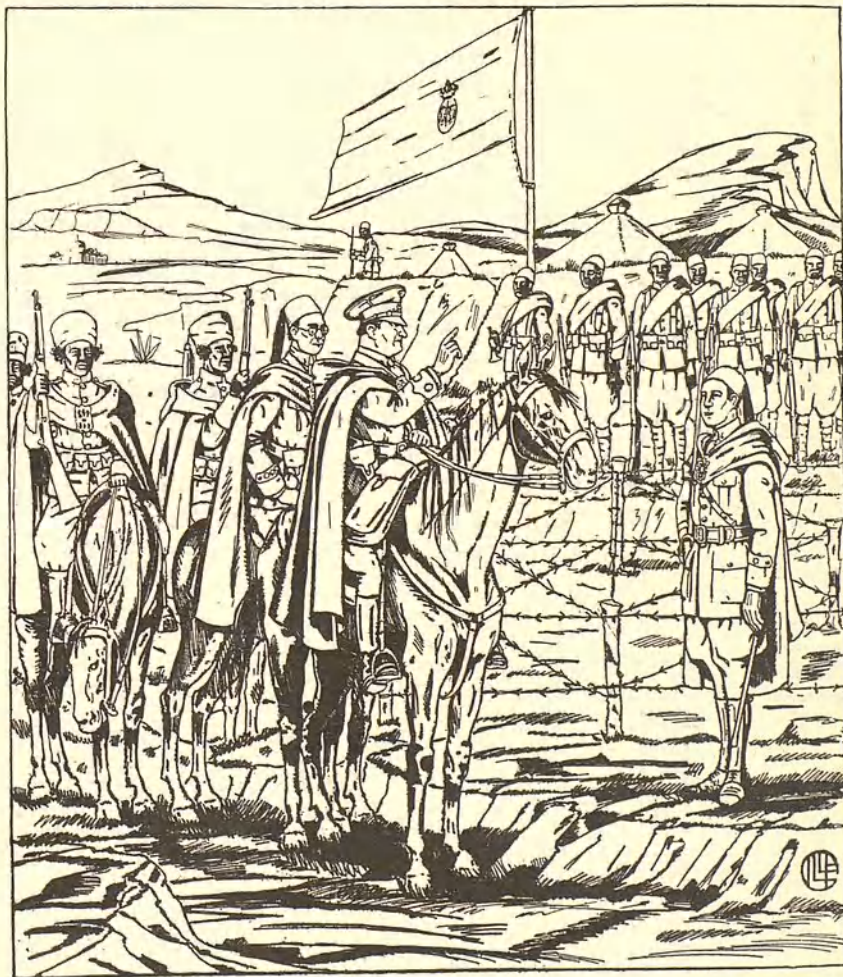
Un periodista hiperbólico, al elogiar la labor de los artistas argentinos, llegó a escribir: «Algunos cómicos nuestros deben aprender en lo que hacen Muñío y Alippi.»

¿Para qué quisieron éstos más? Desde que eso se publicó, los aludidos anteriormente se convirtieron en *argentínofobos*.

— Nosotros no tenemos que aprender nada de esos señores.

¡Si te diéramos los nombres, querido lector, te tumbaría de risa! ¡Se manifestaron así los *peores*!

JOSÉ L. MAYRAL



Dib. CILLA. — Madrid.

— Fijese, mi teniente coronel, que me quedo sólo con veinte hombres.

— No se apure usted por eso, pues, según dicen los periódicos, España entera está con nosotros.



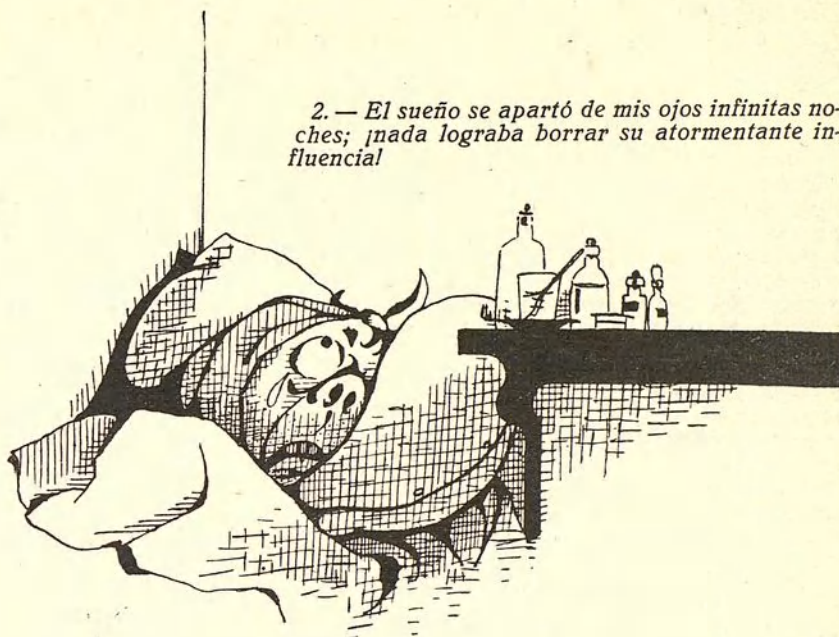




# UNA MALA PASIÓN



1. — Se clavó de tal modo en mi ser, que absorbía todos mis pensamientos...

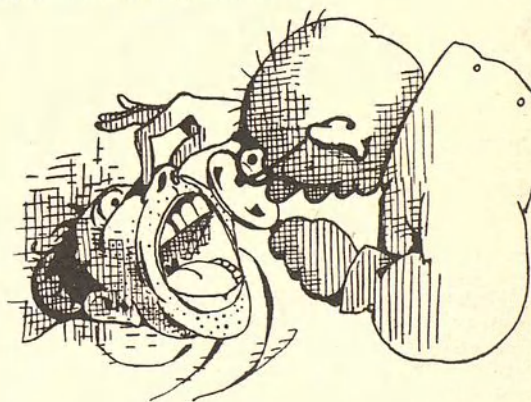


2. — El sueño se apartó de mis ojos infinitas noches; ¡nada lograba borrar su atormentante influencia!

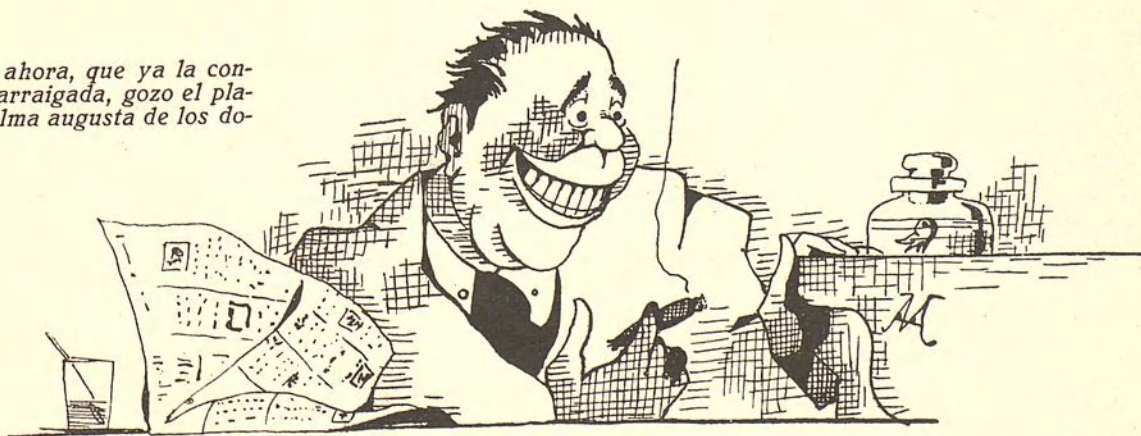


3. — Me faltaba el valor para arrancarla de mí... ¡Todo cuanto podía ocupar su lugar me parecía artificial, falso..., sin vida.

4. — Mi existencia se hizo imposible. Escuché la voz de la experiencia, y me decidí a extirparla... ¡Oh, lo que sufrí en aquel doloroso momento!...



5. — Mas ahora, que ya la contemplo desarraigada, gozo el placer y la calma augusta de los dominadores.



Dib. MAR-HER. — Logroño.



## "BUEN HUMOR" EN PARÍS

## Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado

## XXVIII

Queridos lectores y correligionarios... Acabo de llegar (¡¡otra vez!!) a París, y antes de lavarme la cara en el hotel y de cepillarme la poca ropa que he traído, tomo a pulso la genial pluma con que Dios me ha favorecido, y escribo estos renglones con el fin de darles a ustedes cuenta del magno acontecimiento de mi arribo a la capital francesa.

Estoy segurísimo de que ustedes pensarán si yo estaré loco, o, por lo menos, tocado, para andar yendo y viniendo de esta manera de París a Madrid y de Madrid a París, lo que supone un ajeteo muchísimo más molesto que los conocidos y aplaudidos viajes de la Ceca a la Meca, de Herodes a Pilatos y del coro al caño...; pero debo decirles a ustedes que, sin una razón poderosa, yo no me hubiera movido de la modesta *pensión de famille* donde pasé los meses de octubre y noviembre en amigable compañía con un pintor holandés... y con un hambriento ruso que viajaba de incógnito. En aquella pensión fui feliz lo menos cinco días con el amor de una de las doncellas, devaneo que fué un secreto para todo el mundo, pues aunque un día nos pilló el ruso en una situación

algo comprometida, no dijo nada a nadie, tal vez porque era un hombre que no abría la boca más que en el comedor. Tengo idea también de que el pintor holandés se caló que la doncella y un servidor habíamos realizado una *entente* de lo más *cordiale* que se conoce; pero, si se lo caló el holandés, supongo que cambió de nacionalidad y se hizo el sueco..., porque tampoco dijo una palabra...

Pero este idilio francoespañol me colocó a los pocos días en una situación un tanto alarmante. Un servidor tiene la desgracia de poseer un corazón tan ardiente, que por menos de nada me prendo (quiero decir me enamoro) de una señora cualquiera; y me prendo (quiero decir me enciendo y hasta echo chispas) si esa cualquiera, o si esa señora me da un poquito de pie para la combustión... A mí hoy me sonríe un poco picarescamente D.<sup>a</sup> Leocadia Alba, y, ¡yo, me conozco, señores!, no descanso hasta llevarla al altar.

Ahora bien: yo tengo el honor de estar un poco enterado de cómo las gastan las doncellas de París, y, en previsión de un súbito enamoramiento por mi parte y de un lío gordo por ambas partes, me inscribí en la pensión con un

nombre supuesto, que, por supuesto, era el de un buen amigo mío, que por si acaso dudan ustedes de que existe, pueden convencerse de que no miento yendo a su casa, en Canillejas, calle de Lerroux, número 7, bajo derecha. (Si no encuentran ustedes la calle, que es fácil que no la encuentren, llamen a un guardia, que es probable que no lo encuentren tampoco, porque en Canillejas no los hay, por lo cual felicito al vecindario de Canillejas.) Pero, en fin, debe bastarles a ustedes mi palabra, y yo aseguro por la salud de Romanones (y así le dé un catarrazo si les engaño) que el amigo susodicho se llama Eugenio Díez, y que yo tengo permiso para utilizar su nombre en mis empresas amorosas. Resumen: que como Eugenio Díez me inscribí en la pensión parisiense, y como Eugenio Díez camelé a la doncella el primer día que la vi en un pasillo con una bandeja en cada mano, lo cual me releva de decir la forma en que me declararé... Y se complicaron las cosas de tan rápida manera, que a la noche siguiente la tuve que dar palabra de casamiento y ocho francos para unas medias, y a los dos días andaba la chica diciendo a todas sus compañeras: «¿No sabéis una cosa? ¡¡Que me caso con Díez!!...»

## XXIX

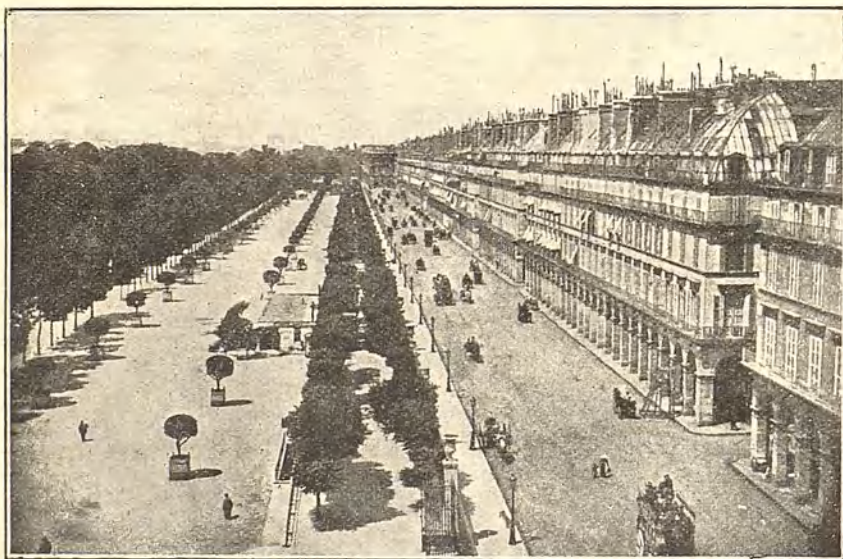
¿Está explicada ya, con la tragedia precedente, la razón de mi vuelta a Madrid?

Pues todavía hay más...

En la villa y corte era necesaria mi presencia, porque a fines de noviembre se estrenaba en el regio teatro de Novedades una revista mía (cosa superior, a creer en lo que yo había dicho a la mar de amigos y admiradores), y hubiese estado feo que no saliera a escena el autor cuando el entusiasmado auditorio reclamase su aparición en el proscenio, con ruidosas ovaciones.

Pero el hombre propone, y Dios hace luego lo que tiene por conveniente... Y aunque la revista es muy bonita y gustó mucho la noche de su estreno (por lo menos a mi familia), y todavía se sigue poniendo en escena, por lo cual tengo el gusto de recomendarles que vayan a verla, el caso es que, al acabar la primera representación, no me aplaudió nada más que la *claque*, lo que yo atribuyo a que el público se quedó atónito ante las bellezas de la obra y sin fuerzas para nada más que para admirarme en silencio.

Y al salir un servidor a escena pudo observar cómo una muchedumbre callada y tranquila se ponía unos cientos de gabanes, toquillas, capas y gabardi-

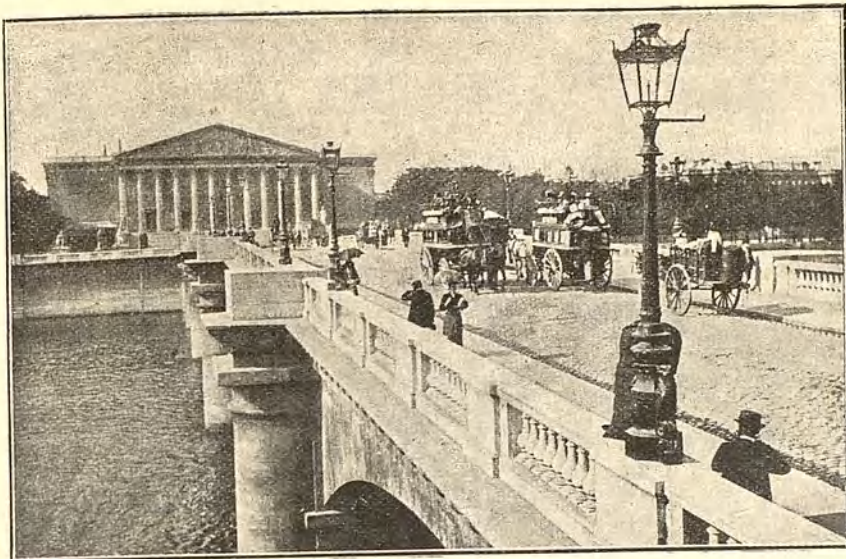


LA «RUE DE RIVOLI»

Esta callecita, infinitamente superior a nuestra calle del Mesón de Paredes, es, sin embargo, parecidísima a ésta en una cosa: en que tiene dos aceras.

En lo demás no se parece tanto, como ustedes podrán apreciar, pues tiene una gran circulación (aunque no tanta como BUEN HUMOR), es muy larga (aunque no es tan larga como Santiago Alba...), y esto ya lo verá Romanones con el tiempo), y tiene una cosa que es el orgullo de los parisienses: las galerías o soportales, que aquí se llaman arcadas, y que yo no quiero llamarlas así porque siento ascos y se me convulsiona el estómago cada vez que escribo esa palabra.





### LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS

Este edificio, o mejor dicho, aquel edificio (porque, como verán ustedes, pilla algo lejos y hay que pasar el puente para verlo con alguna comodidad), se llama también Palais-Bourbon.

Ni que decir tiene que ustedes pueden llamarlo como quieran, en la completa seguridad de que a mí me da lo mismo. El hecho es que en su interior celebran sus reuniones los députés franceses, y que como ahora están de moda las cosas españolas, toman el pelo al pueblo de la misma manera que nuestros députés nos lo toman a nosotros.

Horas de oficina, de tres a ocho. Entrada gratis. No se admiten perros. Esto último lo digo porque un amigo mío quiso ayer ir con su suegra a presenciar una sesión, y no le dejaron entrar, a pesar de pedirlo de rodillas.

nas, y se abrochaba las prendas que tenían botones, mientras yo hacía saludos versallescos, que no podían traducirse más que de esta manera:

— ¡Hasta mañana, señores, y abriguense, que en la calle hace un frío que pela!

¡Excusado es decir que aquella noche fui yo el que dije a mis amistades que me casaba con Díez!

Así, con mayúscula, para mayor energía...

XXX

Como es de suponer, salí de Madrid, pero que volando, y como el estado de mi espíritu pedía un breve descanso, alejado del mundo y de su estruendo, me detuve una semana en El Escorial, donde verifiqué dos solemnes hechos que marcarán una fecha histórica en mi interesante vida: orar ante la tumba de Felipe II y visitar la fábrica de chocolates de Matías López...

Tomé ánimos en la cripta funeraria, tomé chocolate en la fábrica, tomé el tren en la estación, y ya no paré hasta Hendaya...

En Hendaya me sorprendió un comentario donoso de uno de los empleados de la Aduana, que, al verme con mi maleta, sonrió y dijo:

— *Tiens!*... ¿Ya está usted otra vez aquí?

Pero no fué esto sólo, sino que la señora que vende los billetes, al acercarme yo a la ventanilla, me dijo, con una

amabilidad que ya la hubiese yo querido para las señoras que asistieron a mi estreno:

— *Oh, monsieur!*... ¿A París, como siempre?... ¿Y en *troisième classe*, como siempre?...

¡Esto ya me empezó a hinchar de sa-

tisfacción, pues me daba la medida exacta de mi popularidad; y con la alegría pintada al óleo en el semblante, me acomodé en un vagón!

Pero, ¡ah señores!, lo más grande me lo reservaba el Destino a mi llegada a París. ¡Mi apoteosis iba a comenzar a la salida de la estación del *Quai d'Orsay*!

Y, en efecto: uno de los mozos que sacan los equipajes en virtud de la propina consiguiente, me oteó y le dijo a un compañero al verme descender del tren:

— ¡Cuidado con ése, que no da más que un franco de *pourboire*!...

Y al mismo tiempo observé con asombro que nuestro embajador, el Sr. Quiñones de León, estaba en el andén.

— ¡Viene a recibirme! — pensé.

Pero no. Iba a despedir a Poincaré, que emprendía un viaje de descanso de Pascuas, y al que vi dirigirse a otro tren en el momento en que yo abandonaba el mío.

¡Y aquí viene lo gordo!

Monsieur Poincaré me honró con una rápida mirada, pareció conocerme al instante (lo que no hizo cuando yo le saludé en otro tiempo), y se permitió decir en voz baja y en francés la siguiente frase, que les doy a ustedes traducida para mayor comodidad:

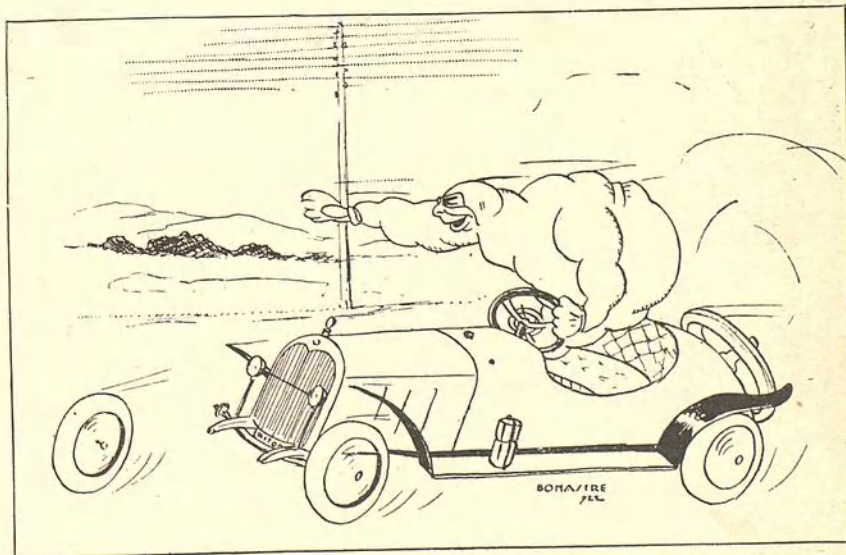
— ¡Ya tenemos de nuevo en París a este pelmazol!... ¡Sólo por eso me alegro de marcharme!

¡Pobre Poincaré! ¡No sabe a lo que se expone haciéndose enemigo mío!

¡Ya se arrepentirá algún día!

ERNESTO POLO

París. — Hôtel du Pavillon. — Enero.



Dib. BONASTRE. — Palma de Mallorca.

— ¡Ehl... ¡Oyel... ¡Avisa que me tengan la cama hecha!

Ayuntamiento de Madrid



LAS ÚLTIMAS GRACIAS <sup>(1)</sup>

En el elegante saloncillo irrumpió como un cohete *bien*, atildado, peripuesto, pulcro, el aristócrata Tito.

Saludó a todos expresivamente, se miró en el espejo de reojo, y soltando la risa, exclamó emocionado:

— Me han contado un chiste... ¡Dios mío, qué chiste con más gracia!...

(1) De nada.

Circuló entre los oyentes el escalofrío de las grandes emociones, y las muchachas agrandaron sus escotes en un involuntario movimiento de nerviosidad.

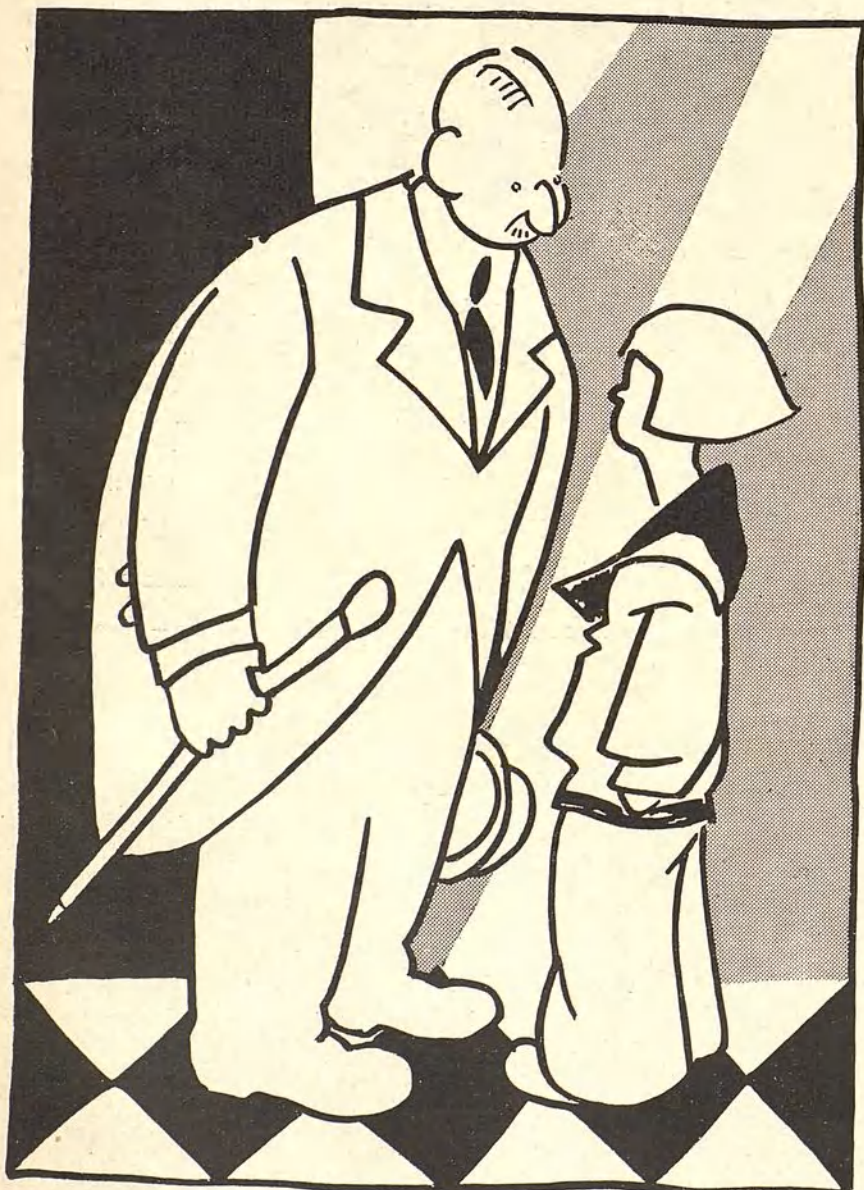
— ¡Cuéntanoslo, Tito, cuéntanoslo!...

— suplicaron.

— Esperadme.

Y se despojó de su gabán y de sus guantes, que entregó al fámulo, un ejemplar vascongado digno de observación.

— Llévelo al perchero.



BARRADAS

Dib. BARRADAS. — Madrid.

— ¿No está tu papá en casa?

— No, señor.

— ¡Hombre, me extraña!... Le dije que vendría...

— Pues por eso.

— Sombrero dejaré colgado, pues.

— Vamos a ver — preguntó entonces Tito a María Luisa, dirigiéndose a una morena de pintados ojos en contraste con el semblante ingenuo —, ¿a que te obligo a decir no, quieras o no quieras?

— Vamos a verlo.

Les hicieron corro y ellos se sentaron el uno enfrente del otro. Ya en acción, comenzó el interrogatorio.

— ¿Dónde prefieres pasear, ¿en el Retiro o en la Castellana?

— ¿Tengo que responder?

— Desde luego; para eso te pregunto.

— En la Castellana.

— ¿Por la acera de la derecha o de la izquierda?

— Por la de la izquierda.

Tito la miró un tanto receloso.

— ¿A las once o a las doce?

— A las once.

El recelo de Tito aumentó extraordinariamente.

— ¿Antes o después de misa?

— Después... ¡Qué duda cabe!...

Tito, entonces, sonrió desilusionado, arrugó su frente contrariado.

— ¡Ahl!... — exclamó —. Tú ya sabes el chiste...

— No, no, palabra de honor que no; puedes creérmelo...

Encantado, él rió estrepitosamente.

— ¡Ahl!... ¡Ya has dicho que no, ya has dicho que no!...

Toda la tarde repitió ante los nuevos invitados, a medida que llegaban, aquel su chiste insulso, su última gracia, haciendo los mismos gestos de sorpresa y de desilusión, estallando en las mismas carcajadas *a posteriori* de la victoria... ¡Qué insulsamente gozó con aquel triunfo ridículo!...

Nunca tuvo tarde más feliz. Bien es verdad que se la merecía, porque dos días antes el sastre le había hecho un gabán con una arruga tal en la espalda, que lo inutilizaba. Y esos disgustos...

Al llegar la noche, con otras amigas que se iban, decidió marcharse. Salieron a despedirlos. El criado le entregó el sombrero, el gabán...

— Hombre — dijo Tito deseoso de gozar en una magna apoteosis una vez más de las mieles de la gloria a costa de la servidumbre —, Julián, amable servidor, ¿a que te hago decir que no?

Y le hizo seis o siete preguntas, a las que Julián contestaba con sus extrañas concordancias vizcaínas, con su lenguaje especial y único, con su asombro manifiesto ante la atención que todos le concedían.

— Castellana, pues, gustarme más.

— ¿De día o de noche?

— De noche... Farolillos no haber...

Criadas haber...

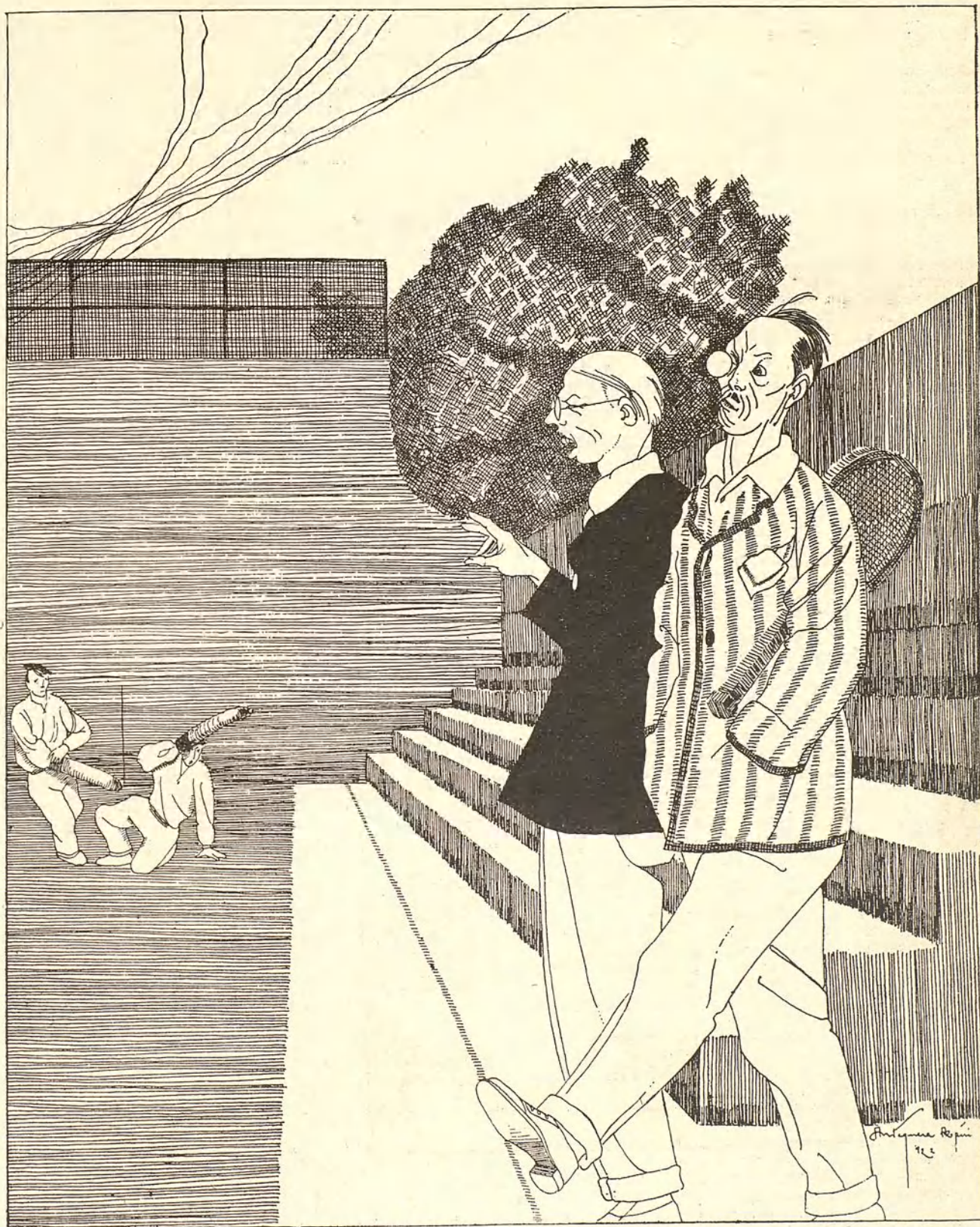
Volvió Tito a repetir la falsa expresión de desencanto, de infalible éxito hasta entonces.

— ¡Ay, Julián, tú ya sabes el chiste!...

— ¿Pues...?

JOAQUÍN CALVO SOTELO





Dib. ANTEQUERA AZPIRI. — San Sebastián.

EL TENNISTA MIOPE. — ¡Sí, no cabe duda!... En el juego a rebote, como en el tennis, todo es cuestión de vista...

Ayuntamiento de Madrid



# AGAPITO

Agapito Brañas era un infeliz, o menos sintéticamente, era un hombre que no fumó nunca, que jamás supo lo que significaba el juego, que no hablaba mal de nadie, ni se daba importancia de nada, ni se le había conocido el menor devaneo amoroso, pese a la admiración que indudablemente le inspiraban las mujeres hermosas, admiración que se traslucía en un asomo de sonrisa resplandeciente, inefable, y en una mirada fugacísima, signos placenteros que salían de él y volvían a replegarse con la celeridad de los «matasuegras» verbenos.

Era tímido, prudente, educado y discreto. Pasaba por la vida de puntillas y hablando quedo para no molestar a nadie.

Por encima de estas excelsas prendas espirituales, lucía la cualidad de plegarse a cuanto consejo se le suministrara, encontrar acertado cuanto opinaban los demás, en su afán de hacerse grato, de no perturbar las opiniones ni los actos del prógimo.

¿Puede admitirse que tan inofensivas, bellas y humildes cualidades pudieran desencadenar la tragedia, ser la ruina material y truncar la trayectoria, tal vez gloriosa, del que debía considerarse feliz poseedor de aquéllas? Seguros estamos de que nadie puede admitirlo, y así pensaríamos también nosotros de no haber sido testigos de la catástrofe con que aquellas virtudes envolvieron a nuestro desventurado amigo.



Agapito había escrito una obra teatral. Sabemos que nada tiene esto de extraordinario. No había hecho más que lo que realizan la mitad o más de los españoles, es decir, pensar en contribuir con una seria aportación a la mayor gloria y esplendor de nuestro teatro.

La obra de Agapito era una comedia revista filosófico-social-político-religiosa (usamos la denominación empleada por el autor); pero, distingamos: no era una comedia de puro enredo o simplemente recreativa o expositora de un concreto problema social, religioso o amoroso. No, nada de eso. Era la obra de un espíritu observador, reconcentrado y estudioso, y por todo ello era compleja y de una profundidad verdaderamente extraordinaria.

Se planteaba en ella la separación de la Iglesia y el Estado, personificados en un empleado del Ministerio de ese nom-

bre y un cura castrense que no se avenían a vivir en la misma casa de huéspedes; el problema social aparecía en unos sindicalistas que asesinaban a pacíficos transeúntes con ametralladoras de su invención; la Justicia triunfaba gracias a la guardia blanca y celeste,



Con motivo de dos sonetos (!) verdaderamente estrambóticos que Eduardo Marquina, el genial poeta de *El pavo real*, ha publicado hace poco en nuestro querido colega *Blanco y Negro*, unos colaboradores espontáneos, redactores distinguidos, y algo poetas también, de una revista ilustrada de Madrid, nos remiten el siguiente soneto de catorce versos, que con verdadero gusto publicamos:

## A UN PAVO REAL

Si un soneto te manda hacer Violante,  
no te atengas al clásico soneto,  
que pones a Marquina en un aprieto,  
en la medida y en el consonante.

¿Que con catorce versos no hay bastante,  
y lo que has de decir no está completo?

No guardes a la métrica respeto:  
escribe quince versos, y adelante.

Hoy, con el modernismo, la poesía  
es una cosa fácil, lisa y llana,  
en donde no hace falta fantasía,  
ni siquiera la lengua castellana.

¡Para cantar alguna tontería,  
nos basta hacer lo que nos dé la gana!

que los exterminaba con unos mortíferos polvos, de uso y resultado semejantes a los insecticidas; la Caridad se exaltaba en una escena en que las hermanas de ese nombre cuidaban en la sala de un hospital los pocos avanzados que pudieron escapar de la justiciera matanza; y el juego, el divorcio, las cantinas escolares y la exportación de trigo,

todos los problemas de la nación y mundiales tenían cabida más o menos amplia, pero siempre acertada, en la producción literaria de Agapito, verdadero mosaico social, político, filosófico y regenerador, que terminaba demostrando cómo, después de desaparecidas las causas del anormal desenvolvimiento de la Humanidad, los hombres podían ser absoluta, completamente felices.

Pero tener una obra escrita no supone ni mucho menos poder estrenarla. Esto lo sabía bien Agapito. Creyó necesario ir en procura de consejo, al mismo tiempo que les daba cuenta de la terminación de su trabajo, a dos camaradas que habían cursado con él la carrera de Farmacia, y a un militar retirado, su vecino, que siempre le había tratado con sin igual cortesía y deferencia.

Todos estaban conformes en las dificultades que existían para que un autor inédito viera representar su obra.

Agapito, acorde siempre con el pensar de los demás, y con su natural timidez, decidió no hacer nada, ya que así lo daban a entender las opiniones de los consultados, y se conformó con el extraño capricho de acompañarse siempre, ya en el bolsillo del gabán o de la gabardina, de la obra, cuidadosamente envuelta; sentirla cerca de su corazón, acelerando a veces el ritmo de éste cuando se lanzaba a fantasear, como si ya hubiese llegado a conocimiento de todos lo que tan disimuladamente llevaba allí oculto.

Llegaron las primeras ráfagas otoñales y con ellas la reapertura de los teatros. Cuando sucedió esto, Agapito sintió que desde lo más lejano de su yo una voz le gritaba: «Llegó tu hora.» Pero en seguida se dejaba oír la de su timidez, que le decía: «Espera, no tengas prisa.» Y Agapito esperaba. ¿El qué? No lo sabía él mismo pero esperaba.

Gustaba de pasar frente a los teatros, estrechando entonces más contra su pecho aquellas cuartillas tan plenas de un contenido social, político y religioso.



Un día, ese día que siempre llega para todo acto transcendental, Agapito pasó como de costumbre frente al teatro Regente. ¿Qué fuerza ciega e irresistible le impulsó a entrar? ¿Qué destino inmutable e indesobedecible le trazaba, aun en contra de su voluntad, ese camino? No lo supo nunca, ni tampoco recordó después cómo pudo llegar a un reducido despacho y encontrarse cara a cara con un hombre que



sólo podía ser el empresario. Sus ojos, atónitos, giraban en todas direcciones, como esos muñecos que parecen hechos únicamente para verles mover las pupilas.

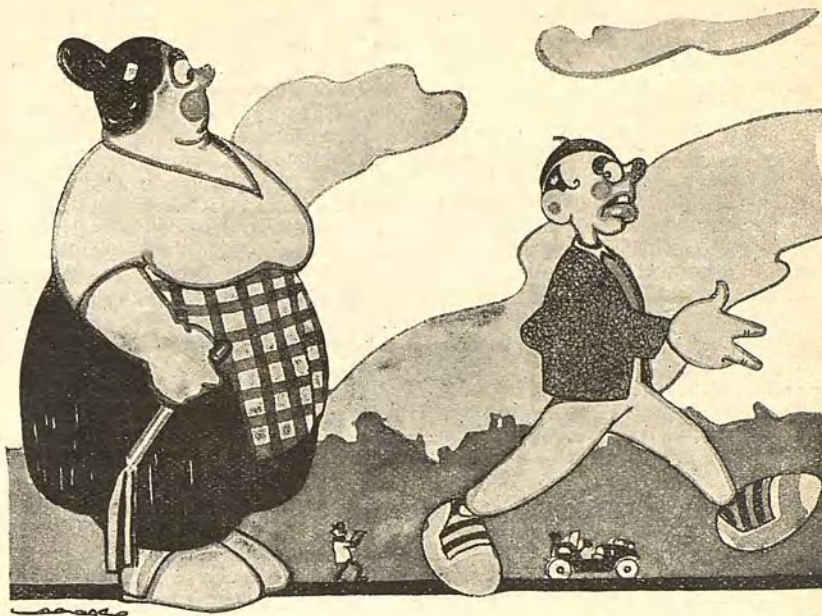
El empresario se sintió favorablemente dispuesto hacia aquel joven humilde y discreto, que llegaba con una obra en momentos que la de cartel empezaba a agotarse, después de haber alcanzado doscientas representaciones. Había sido una obra de éxito aquel sainete *La Pelos, o el jazz-band desgarrador* (historia de una sapertanguista sentimental); pero ya no quedaba nadie en Madrid que no la hubiera visto; era necesario remudar el cartel, y no contaban con nada de consideración para reemplazarla.

Pocos días tuvo que esperar Agapito hasta aquel en que recibió la noticia de haber sido admitida su comedia revista y la cita para la lectura de la misma.

La lectura transcurrió en medio de una aparente indiferencia. Terminada que fué, tanto el director artístico como la mayor parte de los actores convinieron en que aquello estaba llamado a dar que hablar.

Agapito había quedado después de terminar de leer en una gozosa situación de ánimo. Aquel silencio que se prolongaba algún tiempo más tarde de haber terminado la lectura, le parecía el más evidente síntoma de la aprobación que había merecido. Experimentaba además la necesidad de corresponder a todas aquellas gentes, que después de escucharle atentamente serían los encargados de representarla.

Actores y actrices no se habían diri-



*Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.*

— Oye, dile a tu padre que no se preocupe, que puede gastarse el jornal, porque al llegar a casa volverá a cobrar.



gido al autor, tal vez porque un hombre tímido, antes de revelar esta cualidad, puede parecer a primera vista un hombre grave, y esto, naturalmente, es una cosa seria.

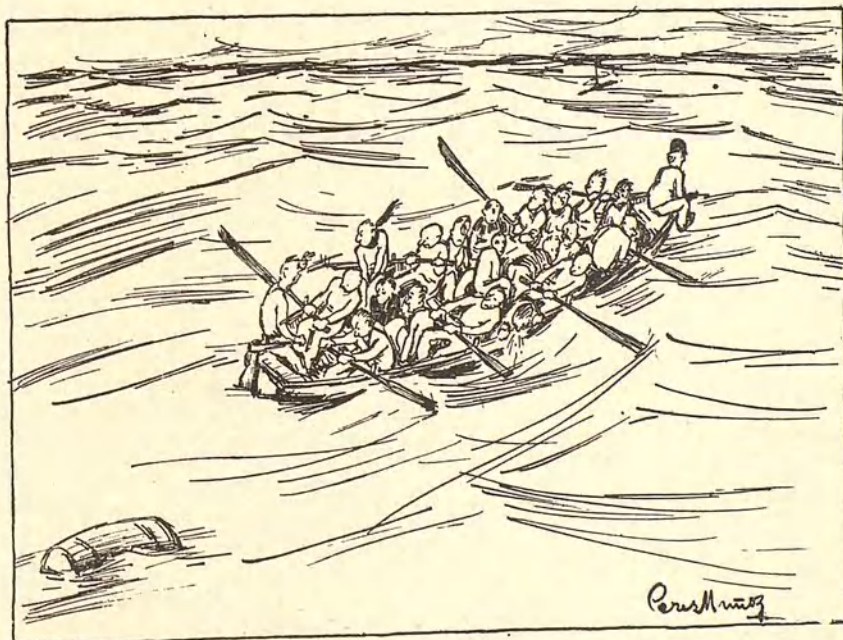
Agapito se dirigió a uno de los grupos. Había encontrado el modo de ponerse a nivel con la benevolencia de aquellos artistas.

— Estoy dispuesto — les dijo — a atender cuantas indicaciones razonables tengan a bien hacerme ustedes.



Agapito estaba verdaderamente abrumado. Su ofrecimiento de atender las indicaciones que se le hicieran había logrado un éxito completo. No pasaba ensayo que no las recibiera en cantidad abrumadora.

Hoy era la característica que le instaba para que transformase las hermanas de la Caridad en las de San Vicente de Paúl, por favorecerla más este hábito; otro día los encargados de hacer de socialistas exigían que especificara que estaban afiliados al Único, pues de ninguna manera querían figurar como pertenecientes al Libre; la damita no consentía en divorciarse del galán, ni aun en el convencionalismo escénico; otra dama no quería enfermar, como el libreto ordenaba, a consecuencia de un susto, sino aparecer neurasténica, por ser, en su criterio, más distinguido; y por este estilo todos los días reclamaciones; pero no de la poca monta de las señaladas, sino otras lo bastante importantes para alterar sustancialmente el argumento (así lo llamaremos). Pues todas estas reformas fueron admitidas en gracia a la cualidad dominante en Agapito.



*Dib. PÉREZ MUÑOZ. — Madrid.*

EL PATRÓN (al individuo que está en la proa).— ¡Eh, amigo, tire el sombrero al agua, que hay mucho peso!



Cuando en casa de éste se conoció la admisión de la obra y el empuje de los ensayos, todo fué júbilo y preocupación por ello.

En la tertulia del militar retirado, donde se reunían la mayor parte de los de casa, se suspendieron durante unos días las murmuraciones sobre la vecindad y las partidas de siete y media para escuchar la lectura del primer fruto literario de Agapito y comentarla después cual merecía. Cuando se enteraron de que el autor admitía opiniones de los actores, ellos, sus familiares y amigos, se creyeron, por lo menos, con igual derecho que aquéllos.

— Debe usted hacer que condecoren a la guardia celeste y blanca — le aconsejó la esposa de un conservador.

— Yo haría un número en que aparecieran esos valientes jóvenes aprendiendo esgrima. Sería muy interesante — afirmaba muy convencido el militar retirado.

— Creo que debe usted cambiar el desenlace. Es horrible que Elvira no se case con Alberto — le decía una monísima vecinita de quien Agapito gustaba enormemente.

— ¿Por qué la titulas *Día de gloria*? — le argumentaba una tía suya muy re-

ligiosa —. Es poco respetuoso; parece algo de Pascua de Resurrección.

Y todas estas reformas fueron incorporadas a la obra; pero la del título fué la que promovió más distintos pareceres. Después de desechar el primitivo por las indicaciones de su tía, había adoptado el de *Nueva fórmula*, sugerido también por la misma; pero uno de sus amigos farmacéuticos le ridiculizó la segunda denominación por parecerle cosa de botica. Mejor era llamar a su obra *El mundo busca un remedio*, título que otro colega censuró por parecerle que tenía igualmente cierta alusión a la profesión.

Este mismo le indicó como algo luminoso el de *Aurora de redención*, ya que nada mejor podía convenir a una producción que llevaba tales propósitos.

Agapito, para quedar bien con todos sus aconsejantes, conservó los tres títulos.

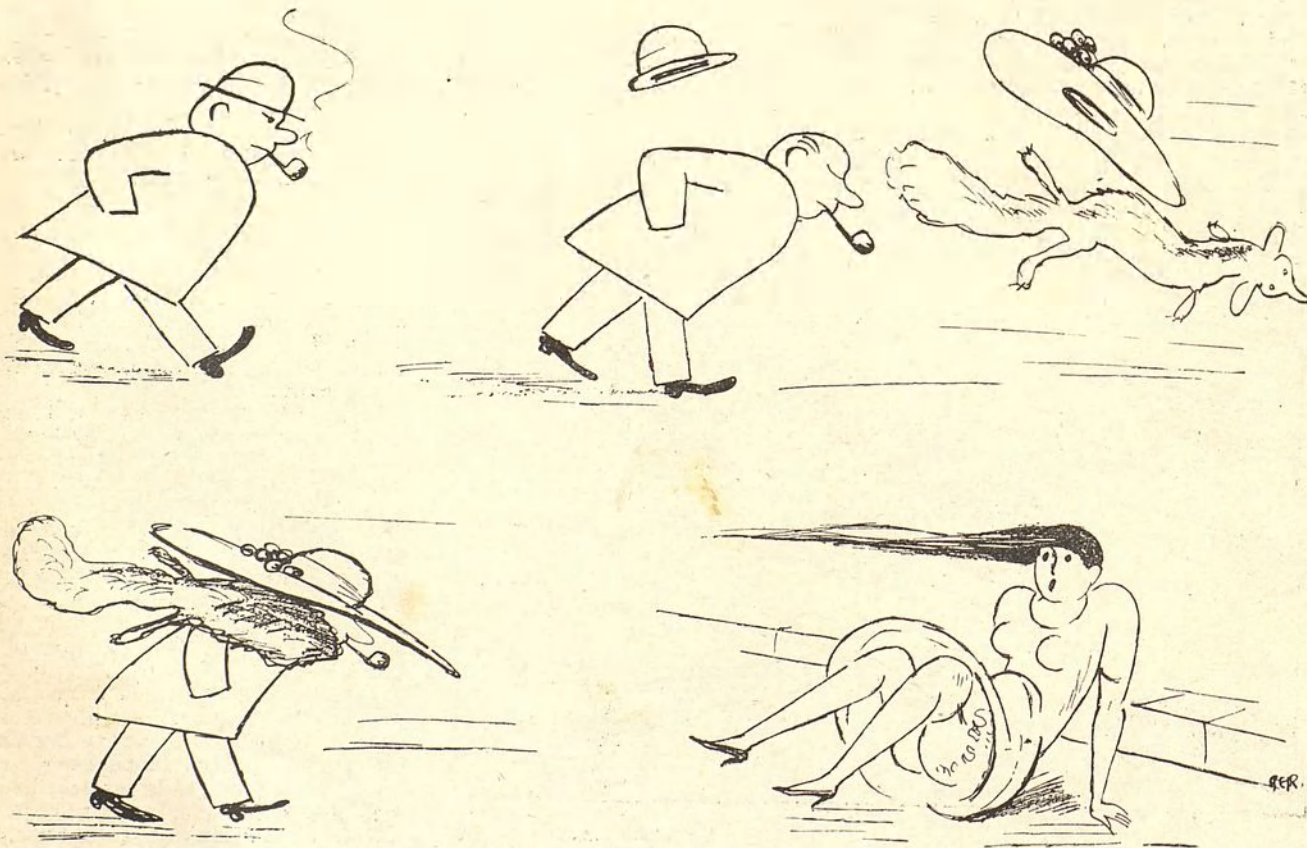
Faltaban ya pocos ensayos para el estreno de la obra, cuando ocurrió una cosa insólita. Tantas habían sido las reformas, enmiendas y alteraciones sufridas por aquélla, que las escenas no se sucedían normalmente, los diálogos no estaban acordes, y los actores, que en los primeros días sabían casi bien sus

papeles, desconocían entonces qué era lo que debían representar. En una palabra, *La nueva fórmula*, o *El mundo busca un remedio*, o *Aurora de redención*, era una cosa absoluta, completamente distinta a la obra primitiva. Era, pues, necesario reformarla definitivamente, y de ello fué encargado Agapito bajo la vigilante inspección del primer actor y del director artístico. Los ensayos fueron, por tanto, aplazados hasta ese arreglo total. El embrollo, en lugar de arreglarse fué, por el contrario, complicándose cada vez más, debido a las rivalidades entre los dos consejeros constantes que guiaban a Agapito. La suspensión de los ensayos pasó a tener un carácter indefinido.

\*\*\*

La comedia revista sigue durmiendo una prolongada siesta mientras su autor, en el jardín de un manicomio, interrumpe sus paseos delante de los árboles, de los plantas, de los loqueros o de otros compañeros de infortunio para decirles sonriente y después de una gentil inclinación: «Pueden hacerme cuantas indicaciones juzguen convenientes.»

LUIS MANSO



VIENTO

Dib. BERGSTROM. — Estocolmo.



# LA MUELA DE GÓMEZ (HISTÓRICO)

Antonio Gómez y Rafael Montero estaban desesperados. Su situación no era para menos: casi llegaba a la tragedia. Figúrense ustedes que aquel día era miércoles, que los dos eran hijos de familia, y que por esta causa no les daban en su casa la asignación semanal para sus vicios hasta el domingo, asignación que, naturalmente, ellos se gastaban, como esta vez, antes del martes.

Todas las semanas tenían que asaltar con diversos pretextos, que la ingenuidad de la madre no ponía en duda nunca, el dinero que en la casa se había distribuido para comer diariamente; pero en esta ocasión no se les ocurría qué inventar con visos de verosimilitud.

No había manera: porque si decían que se había muerto un amigo y necesitaban para el coche, tendrían que inventar antes el amigo, ya que, al creer de la familia, todos se habían muerto en diferentes ocasiones.

Claro que con otra cosa les sucedería igual; y cuando desesperaban del buen resultado de aquel intento de asalto a la bolsa familiar, Montero dió un grito:

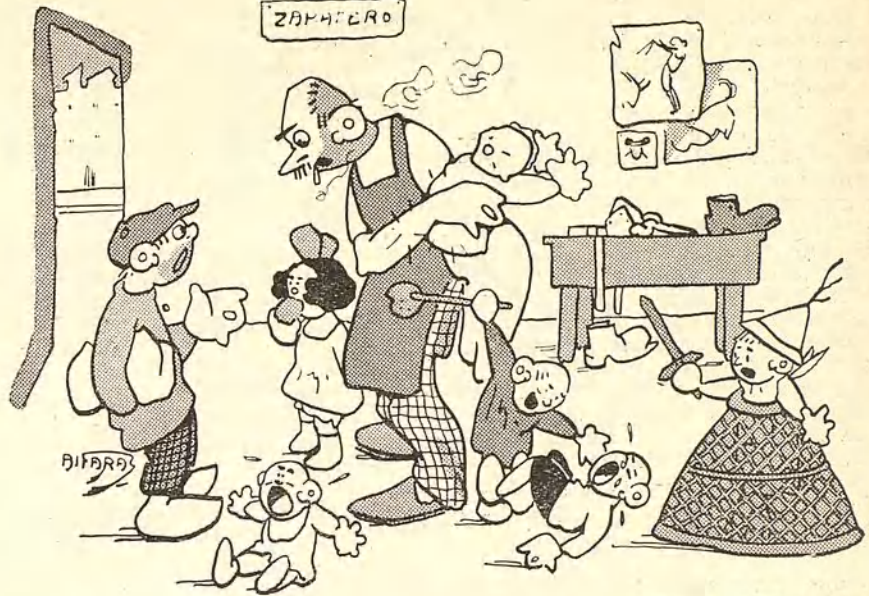
— ¡Ay!... Ya está.

— ¿Qué dices? ¿Qué se te ha ocurrido? — preguntó Gómez esperanzado.

— Mira — contestó Montero, y le señalaba un portal en el que había una muestra con esta inscripción: *Instituto Dental. — Consulta especial: Extracciones de muelas y raigones, 0,50 pesetas. — Piso tercero.*

Gómez se quedó perplejo. No comprendía qué relación guardaba una muestra de un odontólogo con su escasez pecuniaria. Al cabo, preguntó:

— Bueno, ¿qué? ¿Es que quieres que



Dib. ALFARAZ. — Madrid.

EL APRENDIZ. — ¡Buenos días! ¿Es aquí donde hace falta un chico?...

nos llevemos la muestra? Porque te advierto que está atornillada, y además no iban a darnos nada por ella.

— No, hombre, no es eso. Es otra cosa más sencilla. Tú te vas ahora mismo a tu casa; dices que te duele muchísimo una muela y necesitas sacártela, para lo cual tienen que darte un duro.

— Magnífico, chico — dijo Gómez con gran alborozo —. Pero no — exclamó con desaliento —, porque en mi casa, al volver, verán que no me la he sacado.

— Pues te la sacas por dos reales aquí y nos quedan cuatro cincuenta. A mí me han hablado ya de esto, y me han dicho que no hacen daño; y, últimamente, piensa cómo estamos, y sacrifica una muela, sin la cual te puedes pasar perfectamente.

El bueno de Gómez intentó resistir; pero no pudo. A cada argumento suyo le recordaba Montero la situación, hasta que consiguió convencerle.

§ § §

Todo salió a pedir de boca. En cuanto dijo Gómez en su casa que le dolían las muelas, la madre, alarmadísima, puso a su disposición todo lo que pudiera necesitar; y él, cogiendo el duro, se fué a la calle con una alegría que está muy lejos de sentir un atacado de ese dolor.

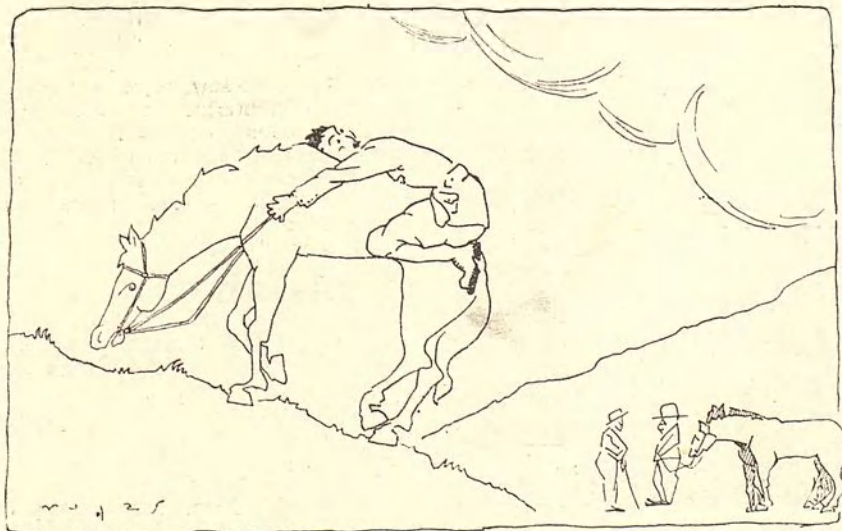
Abajo le esperaba Montero, y juntos se encaminaron a la casa del dentista.

Después de subir noventa y tres escalones llegaron a la vivienda del hombre que, con un cartelito en el portal, les había proporcionado el medio de desvaliar a la familia una vez más.

Les dieron un número y les ordenaron sentarse. Los nervios de Gómez — que estaban en completa revolución — se fueron apaciguando al no escuchar grito ninguno de los pacientes que estaban antes que él, y después de un poco de espera, le tocó el turno.

— Pase usted.

Entró. Se sentó en un sillón capaz de causar pavor a Rodrigo Díaz de Vivar, y esperó todo lo más tranquilamente posible.



Dib. ROJAS. — Madrid

EL EXCURSIONISTA (que no sabe montar). — ¡Que me traigan otro caballo, que éste se me acaba!



— ¿Qué le pasa a usted? — le preguntó el dentista.

— Pues verá usted: yo vengo a sacarme una muela.

— ¿Cuál?

— La que usted quiera.

El dentista se le quedó mirando asombradísimo. Aquello no se lo habían contestado nunca. Gómez se creyó obligado a explicarle:

— Verá usted. Yo soy muy patriota. Hace unos días se ha visto que al elefante del Retiro (1) se le ha careado un colmillo; se ha iniciado una suscripción popular de muelas para empastarsele con marfil del más parecido que haya, y mi patriotismo me ha ordenado que ofrezca una muela para que continúe en perfecto estado esta riqueza nacional. Por esto necesito que usted me saque la muela que mejor le parezca.

Gómez hablaba como si, efectiva-

(1) Cuando esto sucedió, había elefante en el Retiro.

mente, él estuviera persuadido de la verdad de sus palabras.

Ahora sí que se quedó asombrado el dentista. Asombrado de que hubiera un individuo lo bastante fresco para decir aquellas cosas, y decidió vengarse.

Cogió un aparato de esos que tienen para asustar a la gente, le echó la cabeza hacia atrás, le ordenó abrir la boca, le metió en ella las tenacitas, y después de apretar una muela, tiró.

Fué horrible. A Gómez parecía que se le iba la cabeza detrás de las tenacillas; pero no, el dentista sacó el aparato y en él una muela preciosa, con tres patitas, como para sostenerse de pie. Claro que, para eso, el que necesitaba tres patitas, por lo menos, era Gómez.

En fin, ya se había acabado. Se enjuagó y le dio al dentista el duro para que se cobrara; y ahora viene lo espantoso. El dentista le devolvió una peseta.

— Oiga usted — dijo Gómez —, yo he leído abajo que costaba dos reales.



Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

— Comprenderás que me tiene que molestar muchísimo que, siendo yo escultor, seas tan aficionada a la pintura...

— Sí, señor. Pero eso es en la consulta especial, de siete a ocho de la tarde.

No hubo más remedio que conformarse. Salió Gómez de allí, se unió a Montero y les acompañó el dentista hasta la puerta; y cuando los amigos bajaban por la escalera, les gritó:

— Que ustedes lo pasen bien; y cuando necesiten sacarse alguna muela, no se olviden de mí.

Tableau!

LUIS ROMERO CUESTA

\*\*\*\*\*

## DEL BUEN HUMOR AJENO MI PORTERO, por Rodolfo Bringer

La asidua lectura de las obras de Sherlock Holmes, Rouletabille y héroes semejantes tiene hasta tal punto descompuesto a mi portero, que ha llegado a creerse en posesión de un maravilloso instinto detectivesco.

Como no le es posible, por sus ocupaciones, poner sus asombrosas facultades a la disposición de la Policía, se contenta con ejercer *at home*, limitándose a la defensa de los intereses relativos al inmueble confiado a su honrada custodia.

Ayer, serían las cuatro de la tarde, una señora muy joven, muy linda y muy elegantemente vestida, se presentó en la portería preguntando por el cuarto que en la casa hay desalquilado.

A sus preguntas, el portero contestó concisa y políticamente:

— Piso tercero. Tres habitaciones, cocina y despensa. Agua y gas. No se admiten perros en la casa, y el piano sólo puede tocarse hasta las diez de la noche. Mil doscientos francos al año.

— ¿Se puede ver? — interrogó la joven, a quien aquellos datos parecían complacer.

Antes de contestar, mi portero examinó a su bella interlocutora desde la cabeza hasta los pies, envolviéndola en una mirada que hubiera merecido verdadera admiración a Conan-Doyle y a Gaston Leroux. Después de una breve pausa, dijo:

— ¿Es usted casada?

— Sí...

— ¿Tiene usted hijos?

— Un niño de ocho años.

— ¿Qué profesión tiene su marido?

— Oficial del Ministerio de Transportes y Comunicaciones.

El portero sonrió algo desdenosamente, y como la señora insistiese diciendo:

— Pero ¿puedo ver el cuarto?

Replicó terminantemente:

— Es inútil, señora. ¡Esto no es para usted!

— ¡Cómo! — exclamó la dama con enojo.

Y el otro repitió:

— Esto no la conviene. — Y añadió



condescendiente: — Su marido está empleado en un Ministerio. Tendrá de treinta a treinta y cinco años, puesto que usted apenas tendrá veinticinco. Por tanto, dada su juventud, no puede tener un sueldo superior a cuatro mil francos...

— Pero...

— Se casó usted muy joven, como lo demuestra que tengan un hijo de ocho años. Entonces su marido tenía que ser un empleado modesto y no podía aspirar a una dote de importancia. A lo más, a lo más, de unos doce mil francos, es decir, unos seiscientos de renta anual. Tampoco pueden haber hecho economías, pues es usted aficionada al lujo...

— ¡Pero...!

— Vamos, que poseerán ustedes unos cinco mil francos escasos al año, y esto no es lo suficiente para que puedan pagar mil doscientos de alquiler. Acaso me dirá usted que su marido se pasa todo el día fuera de casa en su oficina, que se queda usted sola y que... dispone de todo el tiempo por suyo. Pero me he olvidado de advertirle que las ventanas del cuarto dan sobre el tejado, que le sería difícil que la viesen asomada a ellas, y que, principalmente, en esta casa somos muy rigurosos en lo que se refiere a moralidad en las costumbres...

La pobre señora, sin escuchar más, encendida de vergüenza y de cólera, escapó, después de dirigir una frase algo molesta para el portero. Pero éste, impasible, se volvió hacia mí, y con aire de triunfo me dijo:

— ¡Eh?... ¿Qué tal?...

C.

## CAMA 40 HP, por Marcel Arnac

Cuando sonaron lentamente en la alcoba las doce campanadas de la media noche, el *chauffeur* sonámbulo, que estaba acostado junto a su mujer, se incor-



## LAS VENTAJAS DEL DIVORCIO

— ¿Qué tal tu nuevo papá?

— ¡Oh!... ¡Es buenísimo!...

— ¿Verdad que sí?... Fué mi papá el año pasado...

(De Karikaturen, de Cristiania.)

poró bruscamente, y, con la mirada fija en el reloj, dijo en tono resuelto:

— ¡Partamos!

Agita su almohada diciendo adiós, y después se encorva sobre el imaginario volante. Su esposa, que ronca, es el motor. El *chauffeur* sonámbulo le ha cogido el brazo y lo maneja como si fuera el cambio de velocidades... ¡Prrrtttl!... Ya marcha... Los paisajes se desarrollan ante sus ojos... Primero el sillón *voltaire*, con su hermosa tela verde, ramada. Después, el biombo japonés, la chimenea, el piano, el retrato de cuerpo entero del tío Celestino, la piel de oso que hay a los pies de la cama...

— ¡Cuesta peligrosa! — dice el *chauffeur* sonámbulo.

El brazo de la durmiente es agitado de nuevo.

— ¡Aparta esa vaca, animal! — dice después.

Alarga rápidamente la mano hacia el estómago de su esposa y aprieta desahoradamente la bocina. Después, agarrándole del moño, frena desesperado.

Su esposa comienza a despertarse; los ronquidos cesan. Elevando los brazos al cielo, el *chauffeur* grita:

— ¡Maldición!... ¡Una *pannel*!...

Salta sobre la almohada, tira el edredón, retira violentamente las sábanas. Se arroja en la cama y, febrilmente, maneja los dedos del pie de su esposa. Después se mete debajo de la cama y tantea los muelles del colchón. La mujer siente frío y acaba de despertarse:

— ¿Qué pasa?...

— ¡Una *pannel*!... ¡Una *panne* en el motor!... ¡No podemos continuar!...

A. R. H.

## PUGILISMO

Ya sabrán los lectores que Lewis ha retado al boxeador Dempsey a un combate singular. El vencedor de Carpentier podrá pegar, agarrar y apretar sin que Lewis el *Estrangulador* pueda realizar más que las presas que tolera el reglamento de lucha libre.

Esta originalidad ha tenido una magnífica segunda parte: un campeón de water-polo ha desafiado a los dos púgiles a una lucha que habría de celebrarse en el reino de Neptuno.

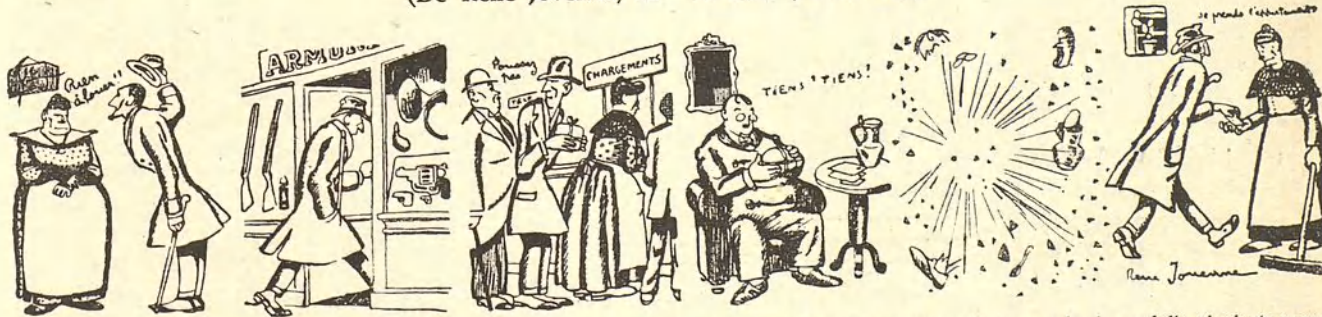
Todos estos señores no han nacido en España, por lo que han dado en llamarles extranjeros. Pero el coraje de la raza hispana no ha permanecido silencioso. El formidable *as Titi el Masticador* ha retado a los tres atletas, y la opinión mundial sigue con atención creciente los preparativos de esta singular batalla.

La pasión de español no me ciega; pero *Titi el Masticador* vencerá, porque no hay quien resista los aterradores golpetazos de una dentadura cuidada exclusivamente con Sanolan, la sin igual pasta dentífrica.

A. L.

## UN CONSEJO GRATUITO PARA LOS QUE BUSCAN UN PISO

(De René Jovenne, en "Le Rire", de París.)



¿Usted desea un pisito decente?...

Vaya a casa de un armador a comprar una granada...

que enviará usted por paquete postal...

al amigo que habite un piso que le convenga.

El resultado no se hará esperar...

y al día siguiente encontrará un piso que hará su felicidad.



## CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

### BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Valientes B. B. Hugos. — Estos, la flor y nata del ingenio, como ver se puede, nos envían estos encomiásticos versos que se han sacado de la cabeza:

«¿Ni con chorrera?...  
Ni con Ribas, ni con Sierra,  
ni con Precioso después,  
ni Vital Aza, ni Arniches,  
ni con Diego San José.  
¿Con García Álvarez? ¡Tampoco!  
Ni con Ramos Carrión,  
y menos con el... Azogue,  
ni González... (Militón).  
De Paso-Abati no hablemos.  
¿Díez de Tejada? ¡Peor!  
Ni con Gómez de la Serna,  
ni aun con Antonio Gascón.  
¿Con Hoyos de Vincent? ¡Sapel!  
Ni el tal Sanchiz... ni Carrere...  
ni con Cansinos... Insúa...  
¡¡Ni con Zúñiga, que es Pérez!!!

«Ni Yolí, Tono, Garrido.  
¡Ni aun con Silenol! ¡Hay que ver!  
Cabanes, Linage, Azpiri, K-Hito,  
Perales, L'As. ¡Ni el mismito Pellicier!

«Con todos ellos, ¡lo juro!,  
no hallé posible escribir  
nueve letras que mayúsculas  
al público hiciesen reír.  
Y, sin embargo, lectores,  
tras de tanto cavilar,  
me lanzo a la calle y busco  
lo que la solución me da.

«Me largo..., voy a un kiosko,  
la entablo con un señor,  
y con cariz muy risueño  
de tal señor, que era el dueño,  
me indican el BUEN HUMOR.»

¡Los hay que andan a dos pies por un milagro de la Providencia!

## JOVEN Regale usted a su novia 99 couplets de éxito por 2,50 pesetas Giro postal o sellos

El cuaderno LUISITA ESTESO contiene los cuplés *La canción de Cyrano, El sacrificio, La falda corta, La Ciriacca, La suerte de Margot, Mi rayito de sol, Así la vi pasar, El castillo de Quirós, Canto arriero, Mi hombre, Amor japonés, Versallesca y Soldado español.*

Pedidos: LA CANCIÓN POPULAR, Fuencarral, 13, Madrid.

E. A. Bilbao. — Blanc. — Floa. — La Rosa. — Durá. — K. T. K. menos. — Vi-diella. — King. — Breva-nador. — Celadón. Vitoria. — A. Z. Madrid. — Jony. — Fervá. — Esfira. — Jomajo. — Amele. — Bonastre. — J. R. C. Madrid. — Alfin. — Salvador. Sevilla. — T. E. T. Madrid. — Broki. — G. López. — J. P. P. Coruña. — Porcar. — Narpi. — Morabet. — Monede-

De su catarro endiablado,  
aquí el rumor se percibe.  
¿Qué piensa ese desdichado,  
que no usa Jarabe Orive?

ro. — T. Muro. — Iñaqui. — Rojas. — Sacristán. — B. Be. Valladolid. — Alito. — F. L. Madrid. — Pasadé. — E. González. — Lozano. Tetuán. — García. Ciempozuelos. — A. A. Tetuán. — M. K. Martínez. — E. M. Y. San Sebastián. — Ba-

randa. Tetuán. — Garma. — Kognys. — Sigla. — Lo sentimos un horror; pero no sirven.

L'As. Madrid. — Ricardo. — Noel. — Zapata. — Cisneros. — Melendreras. — Bartolo Gutiérrez. Bilbao. — Jaime. — Pini-lla. — Maxfer. — Carey. — Por esta vez los dibujos están bien; pero los chistes son, o muy viejos, o muy malos. Insistan ustedes.

Olmeda. Madrid. — Es una tontería, con perdón.

Morabet Castiglio. Castellón. — ¿Conoce usted la dedicatoria del escritor inglés J. K. Jerome en su libro *Divagaciones de un haragán*? Es una cosa así, con la corta diferencia que hay de una pipa a una petaca.

Teluro Praseodimitrio. Madrid. — No sirve, fecundo amigo.

J. S. M. — Tampoco sirve.

R. M. J. Madrid. — A. G. — Tampoco. Aprendiz-Hito. Valladolid. — Su dibujo es una birria.

A. C. Madrid. — Eso de llamar persianas a las mujeres de Persia, ¿es un chiste?

Nipón Niquita. Madrid. — ¿Cree usted que puede tener gracia ese artículo, hecho con trozos de cuplés?

F. G. L. Madrid. — Está pasado de actualidad.

A. N. Palma de Mallorca. — Como no tengo auto, por desgracia, mal puedo asegurarlo. Si alguna vez lo tengo, me acordaré de usted... Lo que nos envía vale poco.

L. R. G. Valencia. — No hace.

M. Q. V. Madrid. — Haga menos y cuídelo más, pues no faltan condiciones.

Jaime de Santamaría Richard y Ricardo Pizarro de Montehermoso, del ba'allón de Covadonga, número 40, en la posición A (Ceuta); Elías Seco y Salvador Sanz, de la compañía de Telégrafos de campaña (Tetuán); Luis Fernández Quiroga, del batallón de León, número 38, segunda compañía (Larache), y Santiago de la Cruz Touchard, de las tropas de Policía indígena (Tetuán), solicitan como madrinas de guerra a sendas lectoras de BUEN HUMOR. El último especifica que la desearía bonita y madrileña.

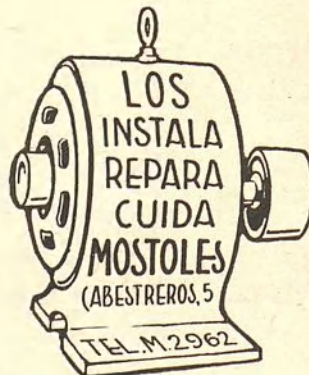
GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

**Inmenso**  
SURTIDO  
EN JOYERÍA RELOJERÍA Y PLATERÍA:  
PRECIOS DE FABRICA  
**Daniel Inclán**  
MONTERA 23 + SOLVIER 23  
MADRID MEXICO

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR. En breve se pondrán a la venta, a TRES PESETAS cada una.

**PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE**  
VIUDA DE CELESTINO SOLANO  
Primera marca mundial. LOGROÑO





# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 — )	10,40 —
Año (52 — )	20 —

### PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 — )	12,40 —
Año (52 — )	24 —

### EXTRANJERO

#### UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:  
PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID  
APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre es-  
ta marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

**Loción Belleza** Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

**Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.**

A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



**CREMAS BELLEZA** (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

**TINTURAS WINTER** marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

**Polvos Belleza** Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

**DE VENTA** en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.  
FABRICANTES: Argente, Costa y Comp. — BADALONA (España).



# BUEN HUMOR



—¿Qué hacer para demostrarle mi amor? ¡Pídame usted un imposible!  
—Regáleme un mechón de sus cabellos.

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.